

PREMIO NARRATIVA
CERTAMEN LATINOAMERICANO EDUCA 1982



Carmen Naranjo

C.R.
863.6
N218-8
C.E.

ONDINA



ONDINA

COLECCION SEPTIMO DIA

Diseñó la portada: Valeria Varas

863.6
N218-0

Naranjo Coto, Carmen
Ondina / Carmen Naranjo. 1a. Edición.
San José : EDUCA, 1983.
126 p.

ISBN 9977- 30-006-2

1. Literatura Costarricense. 2. Cuentos
costarricenses. I. Título.



Carmen Naranjo

Coto, 1930-

ONDINA



EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA

01

C.R.

863.6

7218-0
CE

Primera Edición
Educa, Centroamérica, 1983
ISBN 9977- 30-006-2

364423

39357

8 MAYO 1984

Reservados todos los derechos

Hecho el depósito de Ley.



© EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA
EDUCA

Organismo de la Confederación Universitaria Centroamericana CSUCA, integrada por: Universidad de San Carlos de Guatemala, Universidad de El Salvador, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, Universidad Nacional de Costa Rica, Universidad de Costa Rica, Universidad Nacional de Panamá.

ACTA DEL JURADO DE NARRATIVA
PREMIO EDUCA 1982

Reunidos los miembros del Jurado del Certamen Latinoamericano EDUCA 1982, en la rama de narrativa, después de haber leído las 40 obras presentadas y habiendo analizado cada una de ellas, deciden lo siguiente:

1°. Conceder, por unanimidad, el premio único al libro de cuentos *Ondina*, amparado bajo el seudónimo de "Número".

2°. El Jurado fundamenta su fallo en consideración a los valores formales y estilísticos de dicha obra. *Ondina* enseña un amplio dominio del lenguaje y excelente manejo de las modernas técnicas narrativas. Cada cuento es un esfuerzo indagatorio por profundizar en la condición humana y en la búsqueda filosófica del comportamiento.

El autor conforma un auténtico universo donde, si bien el ambiente es muy genérico e impreciso, los persona-

jes se dibujan de manera plena, logrando así fuerza y convicción en lo narrado. El libro es un amplio y libre ejercicio del oficio de escritor, que refleja la profundidad de los complejos temas abordados.

3°. Una vez abierta la plica correspondiente, se verificó que *Ondina* tiene por autora a Carmen Naranjo, de nacionalidad costarricense.

4°. El Jurado desea también señalar la significativa participación de autores de la América Latina, como un alentador índice de la importancia creciente del Certamen Literario que la Editorial Universitaria Centroamericana organiza anualmente.

Dada en la ciudad de San José, a los tres días del mes de diciembre de mil novecientos ochenta y dos.

CARLOS MORALES
Costa Rica

FERNANDO SILVA
Nicaragua

FERNANDO BUTTAZZONI
Uruguay

ONDINA

Cuando me invitaron para aquel lunes a las cinco de la tarde, a tomar un café informal, que no sabía lo que era, si café negro con pastel de limón o con pan casero o café con sorbos de coñac espeso, todo lo pensé, todo, menos la sorpresa de alguien que se me fue presentando en retazos: Ondina.

Ondina siempre me llegó con intuiciones de rompecabezas de cien mil piezas. Aun en época de inflación, realmente agotan las cifras tan altas. No sabía su nombre ni su estilo, pero la presentía en cada actitud, en cada frase.

Mi relación con los Brenes fue siempre de tipo lineal. Ese tipo se define por la cortesía, las buenas maneras, el formalismo significado y significante en los cumpleaños, la nochebuena y el feliz año nuevo. Nunca olvidé una tarjeta oportuna en cada ocasión y hasta envié flores el día del santo de la abuela. Los Brenes me mantuvieron cortésmente en el corredor, después de vencer el portón de la entrada, los

pinos del camino hacia la casa y el olor de las reinas de la noche que daban un preámbulo de sacristía a la casa de cal y de verdes, que se adivinaba llena de recovecos y de antepasados después del jardín de margaritas y de crisantemos con agobios de abejas y de colibríes.

Suponía y supongo que ellos también supusieron que cortejaba a la Merceditas, sensual y bonita, con su aire de coneja a punto de cría. Pero, ella se me iba de las manos inmediatas, quizás porque la vi demasiado tocar las teclas de una máquina IBM eléctrica, en que se despersonalizaba en letras y parecía deleitarse en el querido señor dos puntos gracias por su carta del 4 del presente mes en que me plantea inteligentemente ideas tan positivas y concretas como pero. . .

Ella quizás demasiado hervida para mi paladar que se deleitaba en las deformidades de Picasso, sólo me permitió gozar de sus silencios cuando se iba la corriente eléctrica de sus teclados mecanográficos o cuando sus ojos remotos de sensaciones inesperadas me comentaban que odio estos días de neblinas y garúas porque me hacen devota a la cama, a la sensualidad de las sábanas y eso me da asco.

Tal vez en un momento de aburrimiento pensé en acostarme con ella y le besé la nuca, también cerca de la oreja, mientras oía un sesudo consejo de qué se cree el señor jefe, déjese de malos pensamientos, recuerde el reglamento y pórtese como el señor que es, no faltaba más. Siempre respondí con un aumento de salario y con la devota pregunta de cómo están sus abuelitos y sus padrecitos. ¡Qué longevidad más desplomante en este subdesarrollo! Muy bien y su familia. La mía, llena de melancólicos cánceres, me había dejado solo en este mundo: qué alegría, qué tranquilidad. . . qué tristeza.

En las jornadas largas de trabajo, cuando el presupuesto, cuando el programa anual, cuando la respuesta a las críticas del trabajo institucional, acompañaba a Merceditas hasta

el portón de su casa. Buenas noches, gracias por todo, no merezco tanta bondad y lealtad. Un beso de vals en la mano y que Dios la bendiga. Señor, usted es un buen hombre y merece un hogar feliz.

Eso me dejaba pensando las seis cuadras de distancia entre el hogar de Merceditas con sus abuelos y padres, vivos y coleantes, y los míos de lápidas y fechas en el cementerio de ricos, bien asegurados en la danza de la muerte.

Conocí su portón, su entrada de pinos y su corredor de jazmines. Vi sus abuelos sonrientes, sus padres tan contentos como si en el último sorteo de lotería hubieran obtenido el premio gordo. Me extrañó tanta felicidad y me pareció el plato preparado para que el solterón y la solterona hilaran su nido de te quiero y me querés y de ahí en adelante sálvese quien pueda.

Sin embargo, presentía más allá de las puertas una orgía de hornos calientes en que se fermenta el bronce y reluce la plata.

No sé qué era en realidad. Por ejemplo, vi ante las camelias un banco tan chiquito que no era necesario para cortar las más altas ni las más bajas.

Las intrigas políticas me destituyeron en un instante, pasé a ser don nadie mediante una firma de otro sin saber lo que hacía. Me despedí de Merceditas en una forma de ancla, le dije que no la olvidaría, mi vida era ella, pero no me escuchó porque estaba escribiendo en ese momento mi carta circular de despedida a los leales colaboradores.

Después supe poco de los Brenes, salvo las esquelas que me enteraron de la muerte de los abuelos, ya cerca de la hora de los entierros. Me vestí rápido de duelo y apenas llegué a tiempo, ya camino al cementerio. Por cada abuelo la abracé con ardor de consuelo y sentí sus grandes pechos enterrados en los botones de mi saco negro. No me excitaron, más bien me espantaron. Demasiado grandes para mis pequeñas manos.

La invitación de ese lunes a las cinco de la tarde, al tal café informal, que fue simplemente café negro con paselitos de confitería, me permitió conocer la sala de aquella casa ni pobre ni rica, ni de buen o mal gusto, más bien el albergue que se hereda y se deja igual con cierta inercia de conservar el orden y de agregar algunos regalos accidentales, junto a los aparatos modernos que se incorporan porque la vida avanza: negarlo resulta estúpido. Casa impuesta por los bisabuelos, por la que pasaron los abuelos sonrientes arreglando goteras y ahora están los padres luchando con la humedad y el comején. Merceditas en el sillón de felpa, cubierto por una densa capa de croché, luchó toda la tarde por acomodar su trasero sin mortificar un almohadón seguramente tejido por la bisabuela, quien sonreía desde una foto carnavalesca en marco de plata ya casi ennegrecido. Yo, entre los padres, en el sofá verde lustroso, tomé mi respectivo cojín entre las piernas, aun cuando quedaron abiertas al borde de la mala educación. Me asombró una silla bajita con almohadón diminuto y pensé que era un recuerdo de infancia.

Una joven bellísima, de ojos claros y fuertes, pintada en rasgos modernos, era el cuadro central de la sala y apagaba con su fuerza el florero, la porcelana, la escultura del ángel, la columna de mármol, las fotografías de bisabuelos y abuelos, el retablo de los milagros de la Virgen, el tapiz de enredadera y aun el cuadro de Merceditas que parecía arrullar a sus conejos ya nacidos.

Y cuando la conversación me descifró el por qué de la invitación al café, pues oyeron rumores de que me volverían a nombrar, en el alto cargo de consejero y querían saber si era cierto, me animé a preguntar quién era. Seca y escuetamente respondieron: Ondina. En ese momento sus ojos, los ojos de Ondina, me seguían, me respondían, me acariciaban. La supe atrevida, audaz, abiertamente alborotada.

Casi no pude seguir el hilo de la conversación. ¿A mí

nombrarme? Pero, si mi vida se ha vuelto simple, ya casi no leo los periódicos, me preocupo por mis pequeñas cosas, cobrar las rentas, caminar cada día hasta el higuerón y completar los cinco kilómetros, mentirme un poco con eso de que la vida tiene sentido y es trascendente.

Ondina sostenía mi mirada fija y hasta creí que me guiñó el ojo izquierdo. Nadie puede ser tan bello, es un truco, me dije sin convencerme. ¿Quién es Ondina? Pues Ondina contestaron casi en coro. La hermana menor de Merceditas, agregó el padre, el bueno y sonriente don Jacinto. Hice cálculos. Para mí Merceditas, a pesar de sus pechos firmes y erectos, su pelo caoba tinte, sus ojos sin anteojos y su caminar ondulante, ya trepaba los cuarenta y tantos. Ondina, por mucho espaciamiento, estaría en los treinta y resto, porque la madre, doña Vicenta, cercana a los setenta, no pudo germinar después de los cuarenta con su asma, reumatismo y diabetes de por vida.

Y no quería irme, más bien no podía, fijo en el cuadro y en los ojos, por lo que no noté los silencios y las repeticiones que me hacían de las preguntas. Fue doña Vicenta quien me obligó a terminar aquella contemplación tan descarada. Me tocó el hombro y me dijo que eran las siete, debían recordarme que iban a la cama temprano, después de rezar el rosario. Me marché de inmediato, después de disculpar mi abuso, pero con ellos el tiempo corría sin percibirse. Merceditas retuvo mi mano en la despedida y me aseguró que significaba para ella más de lo que yo podía presentir.

Soñé con Ondina semana tras semana. Recuerdo sus múltiples entradas a mi cuarto. Alta y esbelta, con su pelo hasta la cintura, desnuda o con bata transparente, abría la puerta y saltaba a mi cama. Ella siempre me desnudó y después jugó con mi sexo hasta enloquecerme. Al desayunar mi espíritu caballeresco me obligaba a avergonzarme de mis sueños, pero empecé a soñar despierto, consciente de mis actos y las orgías eran más fecundas y gratas. Ella me

jineteaba, me lamía y con sus piernas abiertas me dejó una y otra vez, insaciablemente, llegar hasta lo más profundo.

Envié flores a la madre, chocolates a Merceditas, un libro de historia a don Jacinto. No me llegó ni siquiera el aviso de recibo, menos las gracias. Llamé por teléfono y pregunté por Ondina. La voz de doña Vicenta indagó de parte de quién, del primo Manuel, entonces cortó la comunicación.

Pregunté a amigos y vecinos por Ondina Brenes y ninguno sabía de ella. Me hablaron de don Jacinto, de doña Vicenta y de la buena y demasiado casta de Merceditas, a quien trataban en vano de casarla desde los quince, se quedó la pobre, se les quedó, demasiado lavada y pulcra, no se le conoce un solo traspié.

Pregunté en el almacén lo que compraban, en la farmacia, en la pescadería. . . y nada. Alguien me informó que estaban muy endeudados y apenas si subsistían.

Empecé a leer los periódicos, hasta la última línea. Ondina con su belleza no podía ser ignorada. Oí la radio, vi la televisión, me fui al Registro Civil: Ondina Brenes Cedeño. Con propinas apareció: nacida el 18 de junio de 1935. Estudié su horóscopo. Carácter complicado, doble personalidad.

Toqué la puerta. Acudió don Jacinto. Le confesé lo confesable: enamorado de Ondina, deseoso de conocerla y de tener oportunidad de tratarla con buenas intenciones, las de casarse si fuera necesario y ella me aceptara. Me oyó sonriente y me contestó que lo olvidara, era imposible, Ondina no me aceptaría, había rechazado a muchos, mejores que yo. Al preguntarle por qué, por qué, cerró la puerta sin violencia, suavemente y desapareció entre los pinos.

Le escribí una carta apasionada y certificada, que no obtuvo respuesta. En el correo me dijeron que la retiró Merceditas.

No tuve conciencia de la burla que estaba disfrutando.

la familia entera, pero Ondina me lo contó una noche que entró en mi cuarto sin ganas de correr por mi cuerpo con sus temblores y jadeos.

A la mañana siguiente me enteré de la tragedia: los Brenes, los viejecitos Brenes, fueron atropellados por un vehículo que conducía un borracho, cuando salían de misa, a las 6 y 30 de la mañana. Muertos de inmediato, prácticamente destrozados. Merceditas estaba enloquecida. Y de todo el relato conmovido, sólo vi la puerta abierta hacia Ondina.

Me presenté de inmediato a la casa, así como estaba, con pantalones y camisa de intimidad.

Ya habían llegado familiares, amigos y compañeros de trabajo. Pregunté por Ondina y nadie la conocía, sólo me dijeron que Merceditas estaba histérica en su cuarto, completamente encerrada.

Instalado en un rincón, vi como una tía autoritaria, con pericia en tragedias, organizó el duelo. En la sala instaló los dos cadáveres en ataúdes cerrados, puso velas y flores, enfiló coronas, repartió café y empanadas, fue cerrando el paso a los intrusos, desanimó a los busca espectáculos y ya pasadas las cuatro dejó a los más íntimos listos para la vela. A mí me admitió porque al contestar quién era, le dije con seriedad mortal que el novio oficial de Merceditas, el señor Vega. Felizmente no queda sola, bienvenido señor, vamos a ser parientes.

Entonces me colé entre los rezadores para ver a Ondina de cerca. Ella me estaba esperando. Me pareció que había cambiado de vestido, pues no recordaba esa gasa violeta que movía el viento. La vi de frente, con ansias de memorizar cada detalle: sus manos, el cuello, la vibración de los labios, el entorno de los ojos y ese mirar frente y agudo.

La tía me interrumpió para decirme: vaya donde la Merceditas, a usted es a quien necesita. Y casi empujado me llevó frente a una puerta en un corredor con muchas otras puertas iguales. Gracias, señora, y me dejó solo en la intimi-

dad de la casa. Oí sollozos y gritos. Quizás ahí estaba también Ondina, pero no me atreví a entrar.

Abrí otra puerta. Era un antecomedor diminuto y ahí en el centro de la mesa, casi rozando el suelo, una enana con la boca abierta, los ojos casi desorbitados, se dejaba lamer el sexo muy grotescamente por un gato sarnoso, metido entre sus dos piernas. Sentí horror por la escena, aunque me atrajo por largos segundos y vi las gotas de sudor placer que recorrían la cara de aquella casi mujer, rostro de vieja, cuerpo de niña, y el gato insaciable que chupaba y chupaba mamando, succionando, gruñiendo. Ni siquiera se dieron cuenta de mi presencia, o quizás no los perturbó.

Volví a mi sitio en la sala, frente al cuadro de Ondina. Casi se me fue la escena de ese antecomedor extraño, porque la fuerza sensual de Ondina me llenó de caricias raras. Empezó a jugar con mis orejas, me hacía ruidos de caracol, me dejaba su lengua reposar en la apertura del oído izquierdo y con sensaciones de mar me agotó en excitaciones que sorteaban fortalezas y debilidades. Luego me besó los ojos, muy suavemente, después de manera fuerte y al tratar de succionarlos tuve que librarme de sus labios que me hicieron daño, me dolían con dolor de ceguera. Alguien dijo que necesitaba un calmante y la tía respondió que eran casi mis padres mientras me dio unas pastillas que me durmieron seguramente en mala posición en una silla incómoda, con más incómodos y dominantes almohadones.

Cuando desperté, noche ya, estaba organizado el rosario. El padre Jovel en escena, cuentas en mano, con laterales de incienso entre los dos ataúdes. Esperaba impaciente a los principales personajes, que en estos casos no son los difuntos, sino los parientes más cercanos. Apareció entonces Merceditas, pálida y desfallecida, vestida de negro absoluto, con sus pechos erectos, abundantes, bien sostenidos, y de la mano, también en negro absoluto, salvo un cuello blanco de crochet engomado, la enanita más diminuta y

bella que había visto en mi vida, con los ojos de Ondina, con el pelo rebelde de Ondina, con los labios carnosos y trémulos de Ondina. Empezó el rosario. Yo no pude seguirlo, porque la cintura, las caderas, la espalda eran de Ondina, mi Ondina.

Después de medianoche sólo quedamos seis personas en la sala: la enanita, Merceditas, la tía, el tío, el primo y yo. Los sollozos de Merceditas eran tan profundos y rítmicos, que sus desmayos tomaron velocidad de oleajes. La tía trajo dos pastillas y al poco rato Merceditas dormía pasiones de infancia, a veces roncaba. La enanita en su silla de raso, lloraba tranquilamente sin sollozos. Se vino hacia mí y me pidió que la sentara en mi regazo. Casi todos cabeceaban. Se me ocurrió cantarle una canción de cuna, como a un bebé. Duerme, duerme, mi niña. Entonces se acunó cerca de mi sexo. Realmente me incomodó, pero la circunstancia es la circunstancia. La fui meciendo como podía y ella, activa y generosa, me abrió la bragueta y empezó a mecer lo que estaba adentro. Después de aguantar lo que aguantar se puede, la alcé en los brazos y la llevé al antecomedor. Suave, dulce, una niña apenas. Entonces ella me dijo: deja que Ondina te enseñe todo lo que ha aprendido en sus soledades. Me abrió la camisa y empezó a arrancar con sus besos de embudo y vació mis pelos de hombría. Yo busqué su sexo y lo abrí como si fuera un gajo de naranja. El gato saltó en ese momento y aruñó mi pene, que sangró dolor y miedo. Ondina me esperó y no pude responder, hasta que encontré la clave de la convivencia.

Caminé el sepelio, cansado y desvelado, pensé en Ondina, en el gato y en Merceditas. Pensé en cada paso. Y me decidí de manera profunda y clara.

Los esponsales se fijaron al mes del duelo. A la boda asistió Ondina, el gato se quedó en la casa.

SIN ASPAVIENTO

¿Qué se ve desde la baranda, Chinto? Barandeadas, amigos, sólo barandeadas.

Y es que a Jacinto le dio por barandear desde hacía años. Primero alegó que estudiaba la vida diurna de los gatos, cuando retozaban sabrosamente sobre las terrazas y luego se despertaban con un placer increíble de estirarse con lentitud, para entrenarse en agilidades olímpicas y afinar las destrezas de cacería y en una indecisión de hacer algo concreto, se ponían a lavar sus patas con un sentido intuitivo de que la insistencia siempre gana en materia de suiedad y limpieza.

Jacinto y la baranda se hicieron símbolo del pueblo, tan encerrado entre las montañas, desconfiando siempre de los extraños y de las autoridades que muy pronto mostraron su temperamento nervioso, quizás porque nunca sucedió lo que esperaban, siempre se dieron las sorpresas. El volcán no retumbó en mayo con los calores, ni tembló

cuando las lluvias se sistematizaron en junio, pero sí se dieron fríos y sequías en setiembre, temblores muy repetidos en agosto y una huelga de no compras en diciembre cuando los almacenes estaban repletos de regalos.

¿Qué hacés en la baranda, Jacintito? Barandear, parientes, sólo barandear.

En esos días estudiaba la vida sexual de las pulgas, para lo que se había comprado un par de ardillas, inundadas de ellas, constantemente rascándose de manera nerviosa y compulsiva, hasta que se rasgaron la piel, perdieron el brillo del pelo y algunas partes del cuello quedaron raspadas.

Por ahí corrían las pulgas embarazadas, gordas y amarillas, con rapidez de bandoleros que buscan escondites. Una sola de esas pulgas era capaz de reproducir más de veinte, por lo que liquidarla era lo mejor. Pero lo más importante era deshacerse de los machos, negros, pequeños y rápidos, así como saltones, con una potencia incansable que podía fertilizar en cosa de instantes, sin muestra alguna de cansancio, a más de diez hembras. Para matarlos, dada su rapidez y poder de salto, era necesario cogerlos in fraganti, en pleno coito, o en el momento en que se alimentaban, breves y eficientes, pues se pegaban a cualquier capilar sin más trámite que pegarse bien y chupar efectivamente. Como consecuencia de mirar y de observar el movimiento de las pulgas, extrañamente femeninas como las hormigas, pudo darse cuenta de que su vida sexual repercutía en la vida sexual de los seres que habitaban. Las ardillas, después de rascarse y de mordisquearse, empezaron solidarias a rascarse y mordisquearse mutuamente y de ahí en adelante surgieron juegos eróticos de éstos tan corrientes, simples manoseos, de te toco y espero, me tocás y me arriesgo, pero que en las ardillas resultaron frustrantes porque no encontraron el cómo. Eran del mismo sexo.

¿Por qué te asomás tanto a la baranda, Jacinto? Para ver, mi Negra, para ver mejor lo que pasa.

Ella siempre tuvo sospechas. Desde la baranda se veía muy bien la casa de la Olga, que fue novia de Jacinto, novia de miradas a la salida de la escuela, novia de miradas desde la banca en la misa, novia de miradas desde la esquina por donde pasaba hacia la farmacia a comprar remedios y confites. Nunca se supo si se hablaron algún día, pero mucha gente dijo que Chinto de tanto verla la gastó porque la Olga se fue poniendo muy nerviosa, con manías de parpadear los ojos y con las manos en constante movimiento haciéndose granos en la nuca y en la cabeza. Sólo se calmó cuando un agente viajero que se hospedaba en su casa, le ofreció matrimonio y desde la boda se perdió el inquilino y se ganó un pariente más de bastante mal genio y bien exigente. Las malas lenguas decían que el tal agente tenía esposas en todos los pueblos que visitaba. La casa, con un corredor al frente y una banca larga de tertulia y de quehaceres domésticos, permitió ver a Olga secarse el pelo, temprano en la mañana, descascarar arvejas, limpiar el arroz, escarbar los frijoles y bordar larguísimos manteles, siempre con su bata de botones hasta la rodilla, con dos sin abotonar en el nacimiento de sus pechos. El pelo negro, los ojos negros y esa boca carnosa que sentía entreabierta, llevaron a Jacinto a escribir poemas en el aire desde la baranda.

Oiga, don Jacinto, no sé si usted sabe que en el pueblo cuando alguien no hace nada, dicen que está barandeando. No me digan, señores, qué bueno, porque barandear es sano, da muchas ideas.

¡Las curiosidades que se le ocurrieron desde la baranda!

La posibilidad de embriagarse de luz mediante un sistema que combinara reflejos, claroscuros y luminaciones parpadeantes; la alternativa de reducir la violencia por medio del regreso a las espadas y la regla de que antes de herir al adversario había que luchar una hora cada uno solo frente al aire; la prohibición de decir majaderías con el ini-

cio de eliminar las letanías de cómo amaneció, qué tal está, buenos días y buenas tardes, para ir aprendiendo el lenguaje de los ojos tan sinceros, con lo que ganarían los sordos, aunque comprendía que se iban a complicar las cosas con los ciegos; la necesidad de que los hombres encontraran mejor comunicación entre sus manos y piernas, con lo que no sólo se haría un buen ejercicio y se contribuiría a la esbeltez, sino que ayudaba a fomentar los sentimientos de humildad, pues las manos eran soberbias y ambiciosas y desde siempre habían provocado todos los problemas humanos, mientras los pies, tan sólidos sostenedores, soportaban el peso de las consecuencias así como la realidad de las culpas. Y ese flujo de ocurrencias alternó con las miradas hacia la Olga, que ahora está bordando una sábana, mientras su voz suave desde la baranda le dice amor del bueno cómo me atrevo a mirarte con estos ojos de pecador.

¿Qué estás haciendo, Jacinto? Nada especial, mi Negra, sólo pensando en la baranda.

Y la Negra empezó a impacientarse porque el ocio no es bueno, trae malos pensamientos. Muy sinceramente le confesó lo que pensaba. En el pueblo se burlan y murmuran, además dicen que se te van las miradas hacia la Olga. Tonteras de tontos, contestó Jacinto. A la réplica de que el tonto era él, se puso entre serio y triste, casi bravo porque ya había aprendido que las grandes difamaciones de uno mismo siempre salen de la propia casa. A la Negra no le gustaba que se enojara porque Jacinto era bueno y con su plata bien colocada nunca tuvieron problemas económicos. No había conocido a nadie tan claro y tan limpio. Además la quería y no sólo en la noche cuando alargaba el brazo para llenarla de cariño, la quería en la madrugada legañosa y despeinada, también a la hora de la siesta y no era extraño que lo demostrara después del café de la tarde. Nacimos el uno para el otro, acostumbraba decirle cuando se ponía a preguntar más de la cuenta. De la Olga nunca le habló, aunque

sí le había contado las cosas de otras, con la que se acostó cerca del río y se bañaron desnudos, con la que le pidió un delantal plisado y una pulsera de oro después de dejarse que la desvistiera y abusara de ella hasta el cansancio, con la que le hacía el campito cuando el marido se iba de viaje y hasta con la tía Amparo, cuyos alborotos andaban ya casi de escándalo general. La Negra le gustó por pura y aunque no se habían casado eran un matrimonio de los mejores. Jacinto nunca creyó en las ceremonias, porque la cosa que no mantiene fresco el amor vale más dejarla sin mayores complicaciones.

En pleno abrazo, la Negra le dijo muchas veces: ¿Y la Olga qué? No creo en eso de sólo miradas, que cuentan por ahí. Así fue, contestó Jacinto, a ella sólo me gustó verla, quién sabe por qué. Y de ahí no salió nunca.

¿Qué se ve hoy, Chinto, desde la baranda? Nada nuevo, amigo, el día está muy nublado y tendremos lluvia para las tres.

Cuando después de la lluvia, la densa humedad afloraba en parches de neblina, la Olga apenas si se podía adivinar con su niño prendido al pecho. Jacinto se puso nervioso, esas largas sesiones del niño abrazado, mama que mama, lo sacaban de quicio. Además no podía ver bien, le tapaban la bata, el pelo negro suelto y la cabeza del niño. Sus impacencias nerviosas, su compra de anteojos y de telescopio para ver las estrellas, no impacientaron a la Negra que con la ayuda de la enciclopedia se enteraba de la vida y milagros del comején.

¿Supo, don Jacinto, que quebró el almacén de los Gutiérrez? No lo sabía, pobre gente.

Como saber siempre sabía todo, pero era cauto en sus expresiones. Sólo se debe decir lo que no hiera y hay que ser precavido, el que está muy mal, mañana puede estar bien y para qué hacer enemigos con dimes y diretes.

A los Gutiérrez los había visto desde la baranda sacar

caja tras caja, sobre todo los domingos, cuando escaseaba la gente por la calle. Después pusieron el rótulo de cerrado por inventario y él empezó a sospechar que algo andaba mal. Luego juntó el hecho de que el viejo Gutiérrez al pasar por debajo de su baranda, ni le echaba una mirada, ni siquiera veía para arriba, cuando antes se paraba a saludar y bromear. Otra cosa era que ya no abría el pecho para enseñar la cadena de oro que le colgaba del chaleco, sino que encogido parecía esconder su tesoro. O enfermo o a punto de arruinarse, comentó a la Negra, quien ni siquiera lo oyó en su entretención de sembrar parásitas en la baranda en esos troncos viejos que le había dado por traer de los bosques cercanos. Entonces con el telescopio dirigido hacia la tierra, la vista era mejor y el pecho se le acercaba hasta ponerlo a sudar. La Olga era única y no se cansó de mirarla cada vez más cerca, hasta el punto de que no necesitó versos para acariciarla ni soñar para besarla.

¿No te parece, Jacinto, que el piso de la baranda está rechinando muy extraño? Son cosas tuyas, mi Negra, esta madera es maciza, de la mejor, nos enterrará a los dos.

Las hendijas no le preocuparon, las maderas se encogen y ya era hora de que le llegara el turno a ésta. Además, qué majadería la de llamar a carpinteros ahora que ya el chiquillo correteaba por el corredor y ella, la Olga, iba detrás con la bata casi sin abotonar y los dos senos brincaban con el mismo ritmo de sus propias agitaciones. Desde hacía tiempo no alargaba el brazo en la cama. Me está jodiendo la próstata, dicen que es bueno un masaje, pero la Negra parecía no oírlo, que se lo haga solo y le daba la espalda muerta de insomnio tras insomnio pues en las noches oía el correteo de los comejenes.

¿Cómo va ese mundo de altura, Jacintito? Muy bien, parientes, muy bien. Claro que iba bien, descubrió que la Olga lo miraba, más fijamente de lo que se atrevía cualquier mujer. La misma mirada de aquella tarde, cuando le dijo

que la cansaba, que no habían nacido el uno para el otro, que la dejara en paz, y él, atrevido, con la seguridad de que sus deseos irresistibles eran irresistibles, la abrazó a la fuerza, la besó a la fuerza, la colocó en el suelo a la fuerza, le enterró el codo a la fuerza y ya casi sin fuerza abusó de ella una sola vez porque estaba demasiado trabajada. ¿Quién se le había adelantado? ¿Quién se había paseado en él, en sus infinitos deseos? Nunca se le conoció novio. ¿Sería posible que algunas muchachas nacieran así?

¿Qué está descubriendo hoy, Chinto? Nada especial, amigos, nada especial, no hay nada nuevo en el mundo.

Le pareció que la baranda se había aflojado y pensó en clavar las esquinas mañana a primera hora, porque la Olga desde muy temprano se secaba el pelo y de cuando en cuando le fijaba los ojos preguntándole por qué al simple cobarde que no aguantó la verdad humana del uso y del abuso. Casi a las diez, la Olga hizo lo increíble, se paró muy recta y se fue desabotonando la bata, luego se descubrió los hombros. Jacinto zapateó de goce. Después los pechos. Jacinto bailaba zapateado. Cuando iba por el ombligo, ya entre el nerviosismo y la bailadera, cayó primero el telescopio y luego Jacinto así como los troncos y las parásitas.

La Negra restituyó la baranda, la pintó de blanco con los bordes dorados. En el centro colocó un retrato de Jacinto, cuerpo entero, con un epitafio que escribió de su puño y letra, no muy buena por cierto. "Barandeando se fue". Y sin un solo aspaviento, clausuró la puerta del santuario.

De esa baranda estaba harta, pero era hora de hacer la propia con buenos recuerdos y otros que podrían traer las mañanas siempre frescas y sorprendidas. Además notó desde su corredor con banca larga que una baranda nueva se construyó en el pueblo, en la casa de los Hidalgo, en donde pasaba muchas horas Miguel, su novio de miradas al decir adiós a la infancia.

LAS SONRIENTES TIAS DE CALLE VEINTE

Si de esperar se tratara la vida, ellas hubieran ganado el cielo en la tierra. La segunda campanada para apurar el paso hacia la misa diaria de las seis de la mañana, la hora del sorteo para no ganar nunca un premio, las noches en vela porque tosió mucho en la tarde, los días de pagar el alquiler y de ir a la Municipalidad por el recibo del agua, la visita de doña Camelia con las novedades de la ciudad natal y ese color pálido en la cara de la madre que no les gustaba.

Alicia, dos años mayor que Julia, se encargó siempre de las labores caseras, mientras la menor trabajó hasta pensionarse en el Registro de Delincuentes donde extendía certificados para solicitudes de empleo, pasaporte y otras gestiones en que se necesita probar quién es quién. Alicia ni alta ni baja, sonriente siempre, con su voz asmática, ni fea ni bonita, pero había tenido sus gracias que muchos años antes fueron reconocidas por cortejantes que rondaron su esquina, la de la Pulpería No me olvides. Ella definió su vocación de cuidar a la viejita y estar a su lado hasta el últi-

mo suspiro, no se fuera a decir que era hija ingrata, cuando doña Miguelita, pobre de solemnidad, viuda al punto de tener su quinto hijo, trabajó como una descosida en coser por partida las sábanas del Hospital San Lázaro y las camisetas de los reos en el Penal San Blas.

Julia, ni gorda ni flaca, sonriente siempre, ni cara larga ni redonda, pero sí fea con ganas, nunca definió vocación alguna salvo la imitación de su hermana. Entregó toda su vida el 13 y el 28 de cada mes su cheque quincenal y los únicos apuntes que llevó eran los de los días que faltaban para el pago y las fechas de su período, en que el mal genio, la depre y los fríos siempre la desesperaron. Se llenaba de fortaleza para combatirlos con humildad y sonrisas.

Como en toda familia de cinco, con dos solteras, el resto de la resta era del género masculino y se habían casado tan pronto como se hizo efectivo el primer salario.

A los matrimonios asistió doña Miguelita, con su mantilla negra y ese aire tan delicado que parecía estar asistiendo a su último acto público. El comentario general en la primera boda fue el de que no vería a su primer nieto, aun cuando la novia iba adelantada.

—Nos pidió que le hiciéramos tamales, pero creemos que eso la va a matar. Ya vimos lo malita que se puso con el bizcocho y eso a pesar de lo liviano.

—Démosle gusto, a lo mejor es un antojo y no hay que negárselo porque quién sabe si será la última cosa que nos pide.

Las dos hermanas, siempre juntas, hablaron en plural en materia de gustos, de peticiones y de impedimentos. Sólo en los silencios pensaban de manera individual y eso que se preguntaban en qué pensás. Entonces en la respuesta se volvía a usar el plural acostumbrado.

—¿Qué haremos si nos quedamos solas?

—Tendremos la conciencia tranquila y nos hará mucha falta.

A la entrada del invierno volvían a resembrar macetas y a renovar las gladiolas de las esquinas del patio, que se veían preciosas toda la semana, menos el lunes en que Alicia lavaba sábanas y manteles. El lunes blanco lo llamaban ellas, orgullosas de lo impecablemente desperdiciada que se tendía en los alambres.

Las reuniones de la familia eran los domingos, hermanos, cuñadas, diecinueve sobrinos y las dos sonrientes tías muy cansadas, casi a punto de caer exhaustas a las cinco cuando servían el café de la tarde con tortillas y queso frito. Se fue aliviando la carga cuando los sobrinos mayores ya no quisieron ir a la casa de la calle veinte porque el cine, los amigos, el paseo y es aburrido ver a la abuelita siempre enferma y cuándo diablos se va a morir porque yo soy el único en el equipo que tiene la abuela viva.

—Nos preguntó ayer por Toñita y no supimos qué decirle. Hace más de dos meses que no viene.

—Nos preguntó hoy por Ismael, Toñita, Cabeto, Licha y Julita, pues ya hace más de un año que no los ve.

Sin mucha disculpa, sólo esos muchachos jóvenes son inmanejables y no tienen sentido de familia, empezaron por no quedarse a la hora del café, tenían prisa, trabajo, enfermos en casa y la lluvia amenazante.

Un domingo todos se disculparon y qué largo se les hizo. Otro sólo pasaron a preguntar y cómo va, lo mismo, anoche no durmió.

—Viejita linda, quiere un té, por qué está tan desanimada, a ver una sonrisa.

—¿Por qué no vinieron a verme el domingo?

Qué corta memoria la de los hermanos. Qué ingratos. Ella callada y triste esperándolos después de que se le dobló la espalda de estar a la máquina, de quedarse medio ciega, de ayudarles con los ahorritos para que se casaran. . . y ahora ni venir a verla quieren.

Julia empezó a soñar en sacarse la lotería, quizás así

con el prestigio del dinero y la posibilidad de una herencia, volverían los domingos. Alicia pensó en encontrar el punto más sensible del remordimiento, ése que no deja dormir ni comer, pero sus llamadas telefónicas de está grave, vení el próximo domingo, quizás sea el último y ella te llama, no dieron resultado, salvo en una brevísima visita que hicieron los tres con cara de estar muy unidos y fuertes porque tenemos nuestros hogares y familia y obligaciones.

Doña Camila pasó, como de costumbre, el jueves para completar el inventario de los múltiples padecimientos de doña Miguelita: debilidad pulmonar, anemia general, problemas de digestión, insomnio, artritis aguda, espasmos, pésima circulación y dificultades urinarias, todo sin médicos que los médicos la asustan y le dan palpitaciones y ahogos.

Después de cuarenta años de trabajo y sesenta de existencia, Julia inició el recibo de la pensión, un 75% del último salario, ni un centavo más ni menos, con el orgullo de no haber faltado nunca ni llegado jamás tarde, ni en las peores crisis de doña Miguelita, quien siempre comprendió que el deber estaba primero y a los empleos hay que cuidarlos mejor que a un marido.

—Vamos a tener que sacarle esas dos muelas.

—Para qué le damos dolor si ya la pobre no aguanta los que tiene y pronto se va a aliviar de todos sus males.

Doña Camelia advirtió en su última visita que Alicia se veía muy pálida, no es bueno eso de velarla todas las noches cuando doña Miguelita había probado su aguante y su enorme fortaleza con esa forma de hacer jornadas largas en la espera de un desenlace fatal, al que debían acostumbrarse con la conciencia tranquila de que cumplieron plenamente con su obligación de hijas buenas, atentas y responsables. Alicia no sólo estaba pálida, sino flaca hasta enseñar descaradamente los huesos. Nunca contó a Julia de sus desmayos en el baño y en la misa, esos mareos profundos que la des-

conectaban como si fueran ataques y esas hemorragias que la iban desgarrando. Además, Julia, a quien la vida de pensionada le trajo la afición a las novelas, apenas si percibió el desgaste galopante de Alicia. Siempre estaba entre la página que la ponía a sudar de angustia, ¡qué ingrato es el mundo!, a temblar las manos, ¡qué audaces son algunas!, o a sonrojarse desde el cuello cuarteado hasta más allá del nacimiento del pelo blanco y escaso, ¡qué cosas horribles las que hace la gente!, y volvía a leer la página que marcaba con discreción en una esquina.

—Nos vamos a prometer que si falta una, la otra la cuidará hasta cerrarle los ojos.

—¡Qué tonterías! Si ya mamá está al borde. . . del lugar que merece en el cielo.

Y doña Miguelita empezó a tener reacciones extrañas: pedía de nuevo los antojos, que si chiles rellenos, que si tamal asado, que si chicharrones, que si pastel de queso, que si empanadas de plátano con frijoles. Además quería dar paseítos, por lo menos hasta el zoológico, porque tenía ilusión de ver los monos. Paso a paso, arrastrando un pie y luego el otro, del brazo de cada una de sus hijas, llegó hasta la jaula y quiso darles maní. Complacientes y sonrientes le compraron una bolsa y doña Miguelita se comió grano tras grano con todo y el pellejito rojo.

—Dios mío préstame la vida hasta que mamá descanse en paz. Por favor, ¡por favor!

El dolor se le veía en la cara. Rápidos, seguidos, desgarradores. No se atrevió a consultar un médico, su madre pudo vivir sin medicinas y sin tratamientos, a pesar de tantos males y de tantos dolores. Doña Miguelita, en cambio, había engordado y las mejillas se le empezaron a sonrosar, quizás por lo que llamaba paseítos y cada vez eran más largos. En uno de esos paseos, al hospital para ver si está igual que cuando los médicos mataron ahí a su Napo, Alicia se dobló hacia la eternidad en media calle.

Al funeral asistió toda la familia, incluso doña Miguelita con su mantilla negra, llorosa pero serena. Julia estaba desesperada, por primera vez la soledad le pegó fuertemente, pero no dejó de sonreír para animar a la mamá, que había quedado huérfana, pobrecita, pues se le murió la madre más buena del mundo.

La casa siguió igual, los lunes la lavada de la ropa blanca, los domingos un rato en el patio, las noches en vela y cada hora junto a doña Miguelita para complacerla, incluso en lo de poner el radio más duro y oír bien las noticias de lo mal que iban las cosas adentro y afuera. Julia se sintió vieja de repente, casi anciana.

Con su madre del brazo, poco a poco, salía los fines de mes a recoger la pensión. Dos viejitas pequeñas, una de ellas más robusta y decidida, la otra sonriente pero infinitamente extenuada, hacían la cola en el banco para cambiar el cheque. Juntas, despacio, muy despacio, vigilantes en las esquinas, compraban en el mercado. Ya de regreso, doña Miguelita tenía apetito, al mismo tiempo que necesitaba la bacinilla y más almohadones en la mecedora porque los huesos duelen y esa bendita tos que no se va y ese dolor de cabeza que no cede ni concede.

—Señor, haz que pueda aguantar y cumplir la promesa porque tengo ganas de morirme y acabar de una vez por todas.

Sentada al lado de la cama, mientras doña Miguelita roncaba entre convulsiones que parecían retozos, cabeceó dos veces y le volvió aquel sueño en que Alicia le gritaba fuerza al mismo tiempo que ella decía no puedo más, no puedo, la odio y no se va a morir nunca. En vida nunca disputó con Alicia y en el sueño estaba a punto de exigirle, de reclamarle, de mostrar que era demasiado para su fuerza y su carácter, y todo por una vieja que si dio algo tuvo la habilidad de exprimirlas, de robarles la sangre, una vampira. Cabeceó otra vez y se despertó sonriente con un sí puedo y el Señor

me perdone tanta pesadilla, para de inmediato arreglar las cobijas al mismo tiempo que murmuraba sonriente un Dios te bendiga mamacita.

El lunes blanco, después de recoger sábanas y manteles, rezó con doña Miguelita las tres avemarías de las nueve.

—¿Está cómoda, mamita? ¿No le apetece algo?

—Quiero ver a Jorge, tengo el presentimiento que será por última vez.

Había dicho lo mismo una semana antes, cuando preguntó por Pablo; lo mismo quince días antes cuando preguntó por Carlos. Jorge murió en el Hospital San Lázaro ya hacía dos años. A una distancia de cuatro meses lo siguió Pablo. Veinticinco semanas después se fueron juntos Carlos y Cabeto, en el accidente de la entrada a la autopista. ¿Para qué enterarla? Ocultar la muerte, le pareció que era como darle unos minutos más de vida. Pobrecita, a veces ni siquiera tenía ánimos de levantarse y le pedía que la limpiara en la cama, con agua tibia y un paño suave, con muchos talcos y algo de masaje para aliviar los huesos, cómo duelen esos confisgados.

—Jorge está de viaje pero vendrá para la navidad con muchos regalos para mamita linda.

Empezó con las diarreas y se fue en una de ellas, casi transfigurada y transparente. Se enteró después de llamarla muchas veces sin respuesta, casi a gritos, entonces sacó la mantilla negra, suspiró muy hondo y en la cocina frió unos huevos.

—Mamita tiene hambre, mucha hambre y nadie que la cuide. Pobrecita mamita.

Más tarde llamó a los vecinos. Al último de sus hijos había que enterrarlo con dignidad.

SIMBIOSIS DEL ENCUENTRO

Nos amamos. Mi nombre es Ana. El de él es Manuel. No nos conocimos casualmente. Alguien le habló a Manuel de mí. De esa extraña forma de vivir que siempre he tenido. Que si me gustan los gatos callejeros, que si sueño con un mundo distinto, si la noche me abre los ojos y me embellece, si hablo poco unas veces y otras nadie me calla, si me embriago con caras expresivas y hago novelas de monólogos interminables. Ese mismo alguien me habló de Manuel, de sus fracasos amorosos, su soledad, su pensar neurótico en la profundidad de lo corriente, esa enfermedad constante que lo debilitaba por ser un sensible patológico. Después ese alguien concertó un encuentro casual.

Llegué de primera. Esa maldita puntualidad, que me hace sentir abundante.

Supe que había llegado. Reconocí su voz y esa forma de saludar con un hola alegre. No era de éstos que abrazan sin fuerza y dan palmadas en la espalda, frías, inexpresivas,

o se acercan a las mejillas con un sonoro beso lejano.

Cuando creí que debía terminar la reunión, me fui sin verlo, sin hablarle. Me despedí del grupo cercano, con el que hablé, entre otras cosas, de recetas culinarias y de la forma en que se aprovecha el perfil de las piedras abisinias. Alguien me gritó cerca de la puerta: ¿cómo te podés ir cuando apenas se está poniendo bonito? Le contesté sin verlo, tengo otra cosa que hacer y que gocen como locos y adiós. Me dio gusto llevarme mi leyenda de aguafiestas y comprobar por los comentarios que ni siquiera lo había conocido, a pesar de los preparativos. Te lo presentaré y sé que ambos harán nido, es una cosa fácil de presentir.

Ya en la calle me respiré libre. Qué gusto da el respirar libre. Sentí que era mejor el monólogo al diálogo, el sentimiento a la sensación, el escoger al ser escogido. Casi en la esquina, su brazo me detuvo. Se me escapaba, pero vine por usted y no quiero perderla. ¿Nos podemos tomar un café?

Su voz fue imperativa y convincente. No dejó alternativa. En la cafetería, sentados uno al frente del otro, nuestros pies tropezaron y sentí esa energía cautivante, estaba lista, definitivamente lista. Vi su boca y no supe medir distancia entre palabra y beso. Me besó con olor de café y de cigarrillo. Lo besé hasta que la mesa estorbó mi cintura.

Nos fuimos con las manos unidas, paso y beso, hasta mi apartamento. Nos quedamos ahí toda la semana, sin distinguir el día y la noche, hasta que nos molestaron las migajas en las sábanas, el olor de las latas de atún y la necesidad de contestar el teléfono, que al principio no oíamos pero que se convirtió al final en una obsesión de sobresaltos.

Te quise y te quiero, Manuel, debés comprenderlo. Claro que las cosas cambiaron por el efecto natural de las variaciones concertinas, que también son parte de las relaciones humanas. Todos los conciertos acaban y quedan en la memoria.

Fuimos reduciéndonos a los fines de semana. Al princi-

pio gloriosos como si hubiéramos ayunado largo tiempo. Después más cotidianos y menos continuos, por último casi imperceptibles por lo planeados y esa pregunta qué pensás vamos a hacer sábado y domingo.

Agotamos todo, la sorpresa, la violación, la seducción, la comedia, el fingir situaciones, los celos, el suponer que había otro, el traer realmente al otro.

Recordás de lo que hablamos. Hablamos siempre de nosotros, de los sinceros que éramos, de lo felices y afortunados, de nuestras sensibilidades encontradas, distintos a los otros, necesitábamos un mundo especial, y de que en asuntos políticos nadie nos entendía porque aun creemos en que la utopía es realizable si nos proponemos los cambios necesarios. En literatura lo raro por imprevisto nos atraía con locura.

Un día una amiga me preguntó sobre el color de los ojos de Manuel. Con rapidez contesté que azules, un hermoso azul ingenuo, sensitivo y firme. Después dudé. A veces medio verdes, el azul de tanto ver montañas se enverdece un poco. Me encontré con la realidad de que no sabía el color de sus ojos. Nunca lo había visto ojo a ojo, las caricias nos perdieron en un mundo de humedad.

En ese tiempo discutíamos quién daba más. Yo dije que con el aporte del apartamento amueblado, el alquiler, luz y teléfono, ya era suficiente para garantizar mi independencia y libertad. El aseguró que entre la comida, el vodka, los cigarrillos, la gasolina y las extras de comer fuera, sólo disponía de unos centavos que se me van en propinas. Esto no puede ser, nunca he vivido más mal. Con casa gratis, mujer gratis y charla gratis. ¡Qué clase de hombre hipoteca he adquirido! Bendito sea Dios y su arte de repartir regalos. En los sorteos, sólo me gano las desgracias.

Me dijiste que no conozco la austeridad ni la economía, que era esencialmente derrochadora. Realmente no sé del camino al ahorro, ése que domina los esfínteres y da el

producto sobrante de rumiar lo ya digerido. Es el fruto de la enseñanza que pretende duplicar la energía de lo que no se siembra ni cosecha.

Vaya discusión que armamos. Entonces te vi claramente. Tus ojos sobre mis ojos. Los tuyos sobre los míos. No sé por cuanto nos estuvimos mirando con fijeza y curiosidad. Descubrí el color: amarillo sucio, que todo lo refleja y cambia, con furias de miradas locas y una honda frialdad que hiela cuanto ve. Exceso de detalles, un detallista completo, hasta en eso del ahorro y de la censura al despilfarro. Nos seguimos mirando y en los ojos había como un desfile: dulzura, asombro, reproche, resentimiento. Fue el último acto de amor entre nosotros. Cuando nos dejamos de mirar, así de fijo y tenso, estábamos temblando, sudorosos, el orgasmo había pasado.

Recobré la voz para decir que nos habíamos sumergido en insignificancias. El pidió perdón, no volverá a pasar, hoy fue mi día de mala leche. Decidimos separarnos una semana, después todo iba a ser diferente, porque la ausencia y echarnos de menos dan verdaderas dimensiones a la relación humana. Llegó a la semana con su valija y ropa sucia, con cara de goma y mal aliento. Se sintió mal y le hice falta. No pude mentir ni decir la verdad, por eso callé.

Nos hicimos rincones. Cada uno en su espacio, igual a los animales que miden sus fuerzas.

Oí en la noche sus vómitos. Todo le caía mal. Se le antojaban ciruelas y pedacitos de ciruelas medio digeridas adornaron la tapa del excusado y el lavatorio. Lo mismo le pasó con guayabas, cubaces, frijoles fritos, tortillas con queso, macarrones a la boloñesa y pizzas de cuanto cosa cabía en la pasta.

Fui detestando sus detalles, el exceso de ellos, la parquedad de algunos, lo amanerado de otros, lo femenino de varios.

Estaba delgado, por lo que se fue asombrando de cómo

le crecían los pechos y se le abultaba el vientre. A los seis meses tenía, el pobre Manuel de mis confusiones, el cuerpo más horrible que se puede concebir en un hombre: una barriga casi puntiaguda, unos pechos enormes y caídos, un andar despacio y cansado, un doblar la espalda para esconderse. Las náuseas seguían interrumpiendo desayunos, almuerzos, comidas, conversaciones.

Propuse la visita al médico. El pobre no quería salir, ni trabajar, sólo le dio por tejer y tejer incansablemente. Tejía bufandas y suéteres, porque debido a su baja presión temblaba y temblaba, sin que nada lo calentara.

Lo aguanté más allá de la repugnancia que me daba su aspecto, ademanes, detalles y conversaciones que volvían a lo mismo: me estoy muriendo, ya no sirvo para nada, éste es el caso de una senilidad precoz. Quiso probar el sexo, pero no pude resistirlo. Al comenzar a toquetearme, le quité las manos de encima, le dije que me daba asco y empecé a vomitar yo también.

Cuando fuimos al médico, después de examinarlo desnudo y oír sobre su vientre, exprimir los pechos y ver el derrame de agua, nos preguntó si éramos transvertistas. Le dije que no, aun no habíamos llegado a eso. Entonces repuso: el niño está bien, nacerá en diciembre, se le hará cesárea y si me dan la exclusiva para un trabajo científico no les cobraré honorarios.

¿Yo? ¿Madre de un hijo de Manuel? ¿O padre de un hijo de él? Eso no podía ser posible. Ambos coincidíamos en que no, porque además de inaudito, era ridículo, patéticamente ridículo, seríamos la burla de conocidos y desconocidos. Propusimos de común acuerdo un aborto. El médico dijo que sería un suicidio de parte de Manuel y un asesinato en cuanto al niño, y de ambos sería yo responsable, la sobreviviente. Al fin y al cabo un niño no se hace solo, yo tenía invertida una buena parte.

Pedimos tiempo para pensar.

Revisamos actos, partes, posiciones, actitudes, juegos. Y nada que explicara lo inaudito. ¿Brujería? Quizás, siempre queda la duda aunque no se crea. Lo seguro cada vez más fuerte: aquel orgasmo de miradas con que nos desnudamos, la verdad nos llegó y jugó algún horrible ente diabólico un enredo de papeles tradicionales sobre la simple y automática división sexual.

Después de cavilar hasta el infinito y consultar una biblioteca sobre casos raros y hechos increíbles, que nos hizo eruditos en esas materias y no nos aclaró nada, decidimos viajar por tierra al país vecino y ahí convertirnos en la curiosidad de un pueblo extraño.

Cómo se quejó durante el viaje, cómo molestó, no cabía en ninguna parte con sus ya a punto nueve meses. Si lo detestaba desde antes, en esos momentos quería neciamente que desapareciera. Estuve tentada a abrir la puerta y tirarlo en un tramo solitario de la carretera.

Al final llegamos. Lo dejé en el portón del hospital y que se arreglara como mejor pudiera. Al día siguiente me presenté en la hilera de visitas. Me acerqué de mala gana al salón de maternidad. Pregunté por Manuel, sí Manuel el fenómeno. Nadie supo darme razón de él. En el hospital nunca se había atendido a un hombre embarazado. Lo busqué por todas partes, en la morgue, en el cementerio, en los hoteles, en las casas de pensión, en las clínicas privadas, en las cantinas. Me desesperé, al fin y al cabo era mi hijo. Ese mi hijo me salió con voz ronca. Empecé a sentir el peso de un bigote mientras hablaba. Visité parteras, curanderos, brujos. Nada. Me convencí de que había robado a mi hijo. Esto lo decía como el bajo de la ópera, mientras me pesaban barbas movidas por el viento.

Regresé a mi apartamento con todas las características de un padre estafado. La soledad se presentó espesa, porque me sentía trunca, alguien andaba por alguna parte con algo muy mío. La soledad se me hizo dura, igual que mi cutis,

tan azotado por esa navajilla, y que ya exigía dos afeitadas diarias.

LAS PEINETAS DEL ELEFANTE

a Elizabeth Odio

No había tenido contacto con las flautas. Demasiado largas, aunque pequeñas, demasiado delgadas, aunque huecudas, demasiado finas, aunque sólidas, demasiado pitudas para mi metro noventa, para mis doscientas quince libras, para mis manos regordetas, para mi voz de aquí estoy sin tocar la puerta. Me resultaban como las peinetas de un elefante.

Lo más extraño era que las había oído desde siempre sin haberlas oído-oído nunca. Eran, lo sé, el agua de la cascada en la descripción de los poemas sinfónicos, los anuncios carismáticos en las largas sinfonías, el cacareo infinito de contrapuntos en todas las melodías y la soprano chillona en los vales sin letras. La línea de armonía en el descanso de los violines y de los estruendos, la voz del niño que se admite en la antesala solemne de los grandotes instrumentos, éstos que hacen sudar y sudar hasta el resfrío. No mucha flauta, nunca puede haber mucha flauta en un com-

positor que se respete, porque eso de flautoso es ofensivo. Conozco la medida de la flauta en su punto, con la misma dosis administrativa de la sal o del azúcar. La sabiduría del flauteo es algo que aun deben descubrir los filósofos, porque es bien parecido a eso de escasear los lloriqueos, pues quien llora demasiado acaba por mamar poco, aunque digan lo contrario por falta de estadísticas sobre las verdaderas razones de los crímenes infantiles y los ocultos pero sonoros móviles de tantos divorcios.

Vaya con la ocurrencia de las peinetas de carey para un elefante. Mejor peinetas españolas o las plásticas con vidrios rojos. Peinetas con aire de abanico, en esa relación de lo incrustado sobre el adorno absoluto de la parsimonia. Ese decir sin peinetas nos sentimos desnudos, como los cuernos que se anteponen todos los calvos ante las espesas melenas.

Así no más como una peineta en un elefante, vino a mis manos la flauta de mis pesares. Empezó, porque todo tiene un comienzo, con la vecina desconocida, recién mudada a la par, que a las cinco en punto de la tarde, con la puntualidad de García Lorca y el reloj de la catedral, me sorprendió con un sonido de flauta envuelta en perfumes de sándalo y de incienso, que neutralizó por completo el apetitoso olor de pan tostado con un reguero de ajos. La adiviné concreta y totalmente, la flauta como un puntero la tocaba todo el cuerpo, y ay qué ojos, y ay qué manos, y ay qué pechos, y ay qué piernas y ay qué geografía más caudalosa. Por la puerta deslicé una nota de admiraciones y de presentimientos, oh espíritu sensible, oh bendición de los dioses, oh ángel de los ángeles, oh ruiñeñor de Milán, oh quetzal a la par del dólar (eso último no lo escribí, pero lo pensé). La supe bella, tenía que ser bella. La vecina de los ajos me dijo que era rubia, joven y que seguramente daría problemas. A mí me daba flautas y hasta clarines.

No quise conocerla, cerré varias veces los ojos con vio-

lencia cuando la sentí cerca. Era mejor imaginarla con el arpegio, la escala, el arrebató, el lentísimo, el melodioso subibaja de la flauta, entremezclado con suspiros y esos ojos melancólicos con que leía las notas en el cielo. Mi esposa empezó a protestar y mi suegra habló de adquirir revestiendo de paredes para sonidos impertinentes porque todo el mundo tiene derecho a su intimidad, a su soledad y a su silencio, y la hubiera ahorcado allí mismo si no fuera por la pensión que consiguió y esa manera que tiene de obtener lo imposible.

Compré mi primer flauta a escondidas y la escondí bien escondida, junto al manual de aprenda solo a ser flautista. El primer do me costó una ronquera y el sol mayor una hernia glandular, que no sé si existe pero la tuve por espacio de quince días y me contrajo desde el trago de saliva hasta el destete de riñón. Ensayaba en el inodoro de la oficina, cuando la eficiencia de la escoba coge turno de prima donna entre las máquinas varadas por el hasta mañana. Seguía ensayando en el garaje, pues le inventé mil males al carro y todos me señalaban con el camote agudo de la mecánica. Pobres terrestres, con complejo de hormiga, sin tener la más leve noción de lo que es meterse por el ojo de una aguja y todavía sentir que el ojo es demasiado grande para la sutileza del más exquisito sonido.

Después tuve un verdadero collar de flautas y me llegó la hora del debut. Cualquiera quinceañera padecía de menos ansias que yo. Con la paciencia del elefante al que se le cae la peineta italiana, bordada en perlas y las perlas se derraman, así fui haciendo un popurrí de las mejores selecciones de flauta: Vivaldi, Telemann, Tchaikowski, Schumann, Beethoven, Offenback y Mendelssohn, con un puente de mi propio ingenio que consistía en tres compases en fuga y un largo sostenido en bemol, que logró un efecto de oboe en pasamanos. Ya para esta época mi vecina tocaba la flauta complementa desnuda y yo me balanceaba en el que ad-

mirar más: lo blanco sorpresivo o la velocidad del gorjeo. Fue cosa de decisiones y me decidí.

Obtuve datos increíbles y una habilidad en las manos, sólo comparable a la educación del oído. Ella no era tan música como aparentaba y de santa ni las ganas, un inventario de visitas y excentricidades pues las compras oscilaban entre leche y ron, una libra de fideos muy de vez en cuando, cajitas de incienso, agua oxigenada, mucho maquillaje, yogurt y confites de menta. Si no fuera por la flauta y el sentirme elefante con peinetas de nácar, habría acabado con el episodio ya que el contrapunto pesaba como el sanseacabó, mi santo preferido.

Me decidí por el concierto y mi debut fue en la montaña. Dejé el carro hasta donde pudo subir y caminé un buen rato. No llegué muy arriba por la cuestión del aliento y la necesidad de que el viento no me robara todo. En un rincón con forma natural de concha, cuando los pulmones dejaron de corretear el aire y cuando la inspiración se me sumía en los poros, me hice flauta por entero, sólo flauta por buen rato, único rato hermoso en mi vida, largo momento absolutamente mío. Pájaros, ranas, escorpiones, sapos, grillos, chicharras, la tierra entera, todo se quedó en solemne misa.

Me tuve que confesar a gritos mi genialidad: el popurrí detuvo el mundo. Ahí mismo sepulté la flauta, llorando la amargura de los valientes. Eso no podía repetirse jamás.

Seguro de mí mismo, como si entrara a un ring poseído por la bondad de un superman que quiere golpear lo menos posible para vencer sin otra alternativa, toqué su puerta. Oí el temblor de sonido de la flauta, que había presentido el nunca más. Me miró con sorpresa, la miré con frialdad médica. Pobre panorama: una rubia en crucigrama, triste bebé envejecido, me preguntó que quería. Casi digo amor, pero dije nada mientras cogí la flauta y la partí con rabia. La flauta más cara de este mundo, después del juicio, los timbres y las costas.

Pude haber quedado como el héroe más grande del vecindario, si no hubiera sido por las peinetas blancas que me compré y desde entonces uso de manera permanente y definitiva. Sólo a ellas he confiado lo del concierto y la ovación de la tierra entera.

CUANDO ME INVITARON A COMER MIS PARIENTES

En el hospital:

Voy a hablar sin gritos. Ya el dolor es menor. Traten de entenderme. No me engañen. Quiero la verdad sobre mi estado. No le tengo miedo a la muerte. Moribundo he andado toda mi vida. Me da lo mismo no tener ojos, una sola piedad, un único brazo. Las mutilaciones no me asustan. Pero no me traigan espejos para que me vea, no puedo verme. Una cosa es aceptar la muerte y otra constatar la mutilación. Tengo cierto sentido para la gracia, por eso no puedo ver. Me faltan los dos ojos. Vi rodar uno por la alfombra.

Comprueban si ha bebido o si está narcotizado. Con tanto trabajo y ese loco con sus pedazos. Con una buena inyección lo hemos calmado, ahora hay que enviarlo a los locos. Tiene hemorragia interna. A lo mejor los golpes son por dentro o una úlcera reventada. Se me hace que es un caso de histerismo. Una terrible tensión y con el calmante se ha soltado la sangre. Cancelé la ambulancia, lo mejor es

una transfusión de inmediato y luego unas radiografías. Está plácidamente dormido, pero puede entrar en shock. El pulso anda bien, la presión está bajando. La hemorragia paró. Por favor, vigílelo de cerca.

En la comida:

¡Qué bueno estar juntos de nuevo! Hace cinco años que no nos juntábamos, fue una suerte pillarte en tus vacaciones. Envidio tu vida en New York. Tuviste suerte siempre. Desde niño. Te quería la abuela más que a ninguno y te untó bien la mano. Con tu modito dulce, no había quien te resistiera. Ni las maestras, ni las directoras, ni los profesores, ni los jefes. Un aire lastimoso que obligaba a la compasión. En cambio vos, el sin destino, el pobre carente de porvenir, el sin gracia, el poco afortunado, el pobre en gestos y en recursos. ¿Qué piensa, tía?

Pienso que estar juntos es algo más que un gusto, es una oportunidad de inventariar lo que realmente logramos. Cada uno de manera independiente y la familia como un todo. El balance es bueno, mejor que el de otros, pero no es parejo. Tenemos a cuatro de nosotros en Estados Unidos, viviendo como nunca nos imaginamos que vivirían, cada uno con garaje para dos carros y con hijos rubios, de ojos azules, que sólo hablan inglés. Comen como gigantes, hacen deporte, pertenecen al club de yates y no nos olvidan, nos siguen queriendo. Tres están en el rango de gerentes y asesores, con sus casas propias, buenos sueldos y ahorros bien invertidos. Dos casadas con empresarios prósperos, bruscos quizás, pero espléndidos y fanfarrones. Sólo uno sin fortuna, demasiado bueno para este mundo, vive feliz en su ciudadela popular, con poco se contenta, es soñador y lo angustia la realidad, quiere todo diferente a como es. Un iluso idealista, profundamente ingenuo se conforma con superar un día para llegar a otro, con una capa insuperable de adaptación. No tiene ambiciones, salvo la de soñar con

imposibles. Es, con todo, una buena cosecha para dos hermanas trabajadoras, viudas jóvenes, que supieron salir adelante con sus familias a cuestas. ¿No es cierto, querida? Cierto es que nos costó mucho y luchamos duro, pero valió la pena, no creés. Ahora que todos crecieron y viven felices, a su modo, es regocijante verlos reunidos y saber que el amor se reparte igual entre todos. Cada uno tiene lo suyo, su riqueza y su miseria, su bienestar aparente y su guerra de nervios.

Nada se regala en este mundo, todo se compra. Hay precios engañosos, creemos que no pagamos por algo, que no costaba nada y a lo mejor el precio era la vida. No hago balances, ni inventario. Si no fuera bonito recordar lo que fuimos en los mejores momentos, preferiría no tener memoria ni familia, y deambular por ahí en busca de que alguien diga una frase que me permita decir otra, tal vez sin sentido, y al final de las dos frases se propicie una sonrisa de nos entendemos.

En el consultorio:

Cuando llegué a la puerta no quise usar la llave y entrar así como así, igual a uno que vive en la casa y dice llegué, aquí estoy. Recuerdo muy bien cuando salí y los vericuetos que recorrí, arrastrándome, para encontrar la puerta. Se me confundía con la mecedora de la abuela, cerca de la ventana, cuando con un signo de llamar al camarero me dijo: querido hoy es tarde y me gusta que lo sea, siempre que es tarde se entiende la gente porque los errores se revelan tardíamente y las verdades nunca llegan y cuando llegan no se entienden. La mayoría cree que se puede cambiar un instante si se prolonga o repite, pero el instante es un hecho detenido en lo irreversible. Nada cambiará la decisión tomada, la que detiene lo que es sin tiempo. No toqué la puerta, tampoco la abrí. Me quedé en esa latencia de timbres y voces, de caminos solitarios hacia el sueño, de mañana será

distinto y Dios me lleva una cuenta individual ante la cual me debito a gritos callados, mis benditos gritos callados. Me quedé contemplando a una señora que caminaba por la acera de enfrente con un perro negro. La envidié profundamente. Sentí que se comunicaba con la noche y la paciencia. Esperaba que su perro oliera y oliera, sin regateo alguno de apuros y de síntesis, como si toda su creencia de espacio y tiempo se concentrara en vivir ese rato de comunicación con la noche y la paciencia. La admiré y la seguí con la vista hasta que ella y el perro desaparecieron sin dejar de ser. Preferí tocar la puerta y decir que había olvidado la llave. Ese detalle intencional les iba a declarar que no me importaban, lo que es cierto. Me llegaron sus comentarios. Ya creíamos que no venías, que a lo mejor no te dejaron, sabemos que los tuyos no nos quieren, pero qué dicha verte, te ves muy bien, tal vez un poco pálido y ojoso, ¿estás comiendo bien?, trabajás demasiado y para nada, para sobrevivir simplemente, todavía usás ese saco viejo, sabemos que ignorás la moda, esas solapas son de museo, tus manos están sudando, ¿te sentís bien? Toqué la puerta. Ya creíamos que no venías. . .

En la policía:

Les juro que es cierto lo que digo. Cuando sirvieron la carne, uno de ellos cogió el cuchillo serrucho y me sacó el ojo, éste, después me sacó el otro, éste. Todos se rieron. No se conmovieron con mis gritos, mi dolor. Se reían cada vez más, yo me revolcaba en la alfombra. Entonces mi tía me cortó el brazo, dijo que era inútil, para qué diablos necesitaba yo dos brazos. Quizás el tener uno solo me podría componer y así sentarás cabeza. Y para que corra, como corremos nosotros, te sobra una pierna. He venido aquí a denunciarlos porque son criminales, unos asesinos, malos como ellos solos. No quería ir, Dios sabe que no quería ir, trato de no verlos, su suficiencia me liquida, pero eso que han

hecho hoy va más allá de lo permitido. Es crueldad, porque son especialistas en crueldad. No saben ni quieren ver a los débiles como yo, cuya única profesión es la de equivocarse siempre. No, no he tomado. Pedí sólo una cerveza y no pude tomármela. Estaba amarga, tal vez envenenada. Claro que debía adivinar lo que me iba a pasar. Me persiguen siempre. Me regalan cosas viejas, para humillarme. Me llaman, me preguntan cómo te va y si no estoy dispuesto a cambiar, hay siempre una oportunidad que me ofrecen y rechazo porque se quieren burlar, les encanta mi fracaso, mi salario de obrero, mis manos sudorosas, mi tartamudeo cuando estoy con ellos, los poderosos, los triunfadores.

En el hospital:

Estoy bien, pero no veo. No veo nada. Traté de mirarme en el espejo que pedí y no veo mi cara reflejada en él. ¿La ve usted?

En la comida:

Hace un rato estábamos hablando de que la vida es un constante desafío y eso es lo que es, en la bonanza y en la crisis. La estrategia de la defensa es el difícil aprendizaje que requiere el hombre moderno. Cuando la domina, todo le es fácil: vivir y amar. Porque la vida no es andar tropezando y para no tropezar uno mismo llegar a ser como un enano jorobado. No, no es eso: es crecer en estatura y confirmar la validez del tamaño. El amor es igual, no se puede querer a quien no lo merece, aun cuando lo necesite. El amor es admiración y fuerza, no lástima y debilidad. Es pedestal y no meta. Quien posee la estrategia de la defensa, se libra pronto de lo que puede ser amorío fácil, a lo mejor lo disfruta un rato, y después se encamina a lo seguro, a lo que es balance o crecimiento, porque los recursos unidos dan una dimensión amplia, son como un juego de ventanas, se domina el paisaje desde cualquier lado y se enriquece

la perspectiva del acierto. Por eso, puta, no entiendo cómo te pudiste esclavizar a una mujer asmática, que te ha dado hijos asmáticos, cuentas de hospitales, farmacias y médicos, todo frente a tu deseo de no trabajar con el cerebro sino con las manos. ¡Vaya conjunción que lograste!

Vos sabés cómo hice mi primer millón. Fue cosa de suerte y de olfato. Logré economizar algo de las comisiones que recibí aquel año de las plagas, en que subieron tanto las vacunas que yo estaba representando en este país, las únicas eficaces hasta hoy. Y se me presenta la oportunidad del siglo. Unos gringos buscaban un socio para una planta industrial de berenjenas. Puse todo lo que tenía y exigí el cincuenta por ciento, pues debía capitalizar los contactos y la forma de expeditar trámites. Me metí hasta las orejas y cuando me di cuenta de que aquello declinaba, vendí las acciones con la ganancia libre de polvo y paja de un millón; que coloqué a tiempo, este olfato no me falla, en dólares y en Florida. No sé qué pasa con vos, pareciera que estas cosas no te interesan. Ahora podría vivir de las rentas, sin trabajar, pero no lo hago porque lo más importante en este mierdero es tener cosas, es saber que las podés tener y ya tenidas despreciarlas para que la envidia de los demás se duplique. Sé muy bien distinguir la envidia y constatar cómo crece cuando ya no tenés un automóvil, sino cinco, todos de las mejores marcas y del último modelo. La envidia de los otros te llena mejor que el más exquisito manjar. Claro, yo no diría esto en público, pero a vos te lo confieso. Aunque no te entiendo, te quiero. No puedo entender esa forma de vida pobre y desteñida, me asombra que no me des sablazos, que no me llegués con la historia de que te están desahuciando o no me digás simplemente que te dé oportunidad de vivir mejor. Vos sos raro porque, pensándolo bien, no tenés derecho a ser orgulloso.

Te eché de menos todo este mes. Antes, por lo menos, venías un domingo sí y otro no, pero ahora ya se acabaron

los domingos y ni siquiera llamas por teléfono, para saber si vivo, no te importa que esté enferma. ¿Qué te he hecho, hijo mío? No te podés imaginar mi ilusión de hacerte pan, el pan que te gusta. Me encanta verte comer bien. Sé que sos un descuidado, que no te preocupás por las calorías y por tu propia fuerza. Te ves bien, pero delgado, excesivamente delgado y pálido y te has envejecido este último mes más de la cuenta. ¿Qué te pasa? Sé que dirás nada con tus ojos tristes, que detestás las preguntas y no querés compartir conmigo nada de lo tuyo. Si necesitás algo, por favor pedime.

Puedo ayudarte sin sacrificio alguno para mí. Tengo suficiente. Al principio te negué ayuda porque quería que te dieras cuenta. Esa mujer nunca te convino y la gran viva jugó por asegurarse llenándote de hijos, uno cada año, hasta tenerte como te tiene, hecho un idiota entre congojas y mala suerte. No te puede alcanzar el dinero, si ya de por sí ganas muy poco. No parecés de la familia, no parecés. . .

En el consultorio:

No hay peor lesión que la que se cree tener. Usted está bien, sin embargo no lo ha concientizado todavía. En el inconsciente están las heridas frescas y le duelen aún. Es cosa de ir abandonando ese estado para incorporarse al normal. Sus ojos pueden ver perfectamente, pero usted cree que no existen, por eso no ve. Las radiografías, los exámenes hablan de que están perfectos, no hay daño alguno. Su brazo está inmóvil porque usted cree que lo perdió. Su pierna está en su sitio, pero usted se cae al pararse porque está convencido de que se la cortaron. Vamos a recuperar su sensibilidad, poco a poco. Empecemos hoy con este ejercicio: mueva la cabeza de derecha a izquierda, así. Déme sus manos para enseñarle a mover la cabeza. Vamos, déme sus manos. Una sola no, las dos.

La otra no existe, me la cortaron con el brazo.

En la policía:

¿Por qué se arrastra? ¿Cuánto tomó? ¿Qué tomó?
¿A dónde tomó? ¿Con quién estuvo? Levántese. No mienta, ¿para qué quiere engañarnos? ¿Cuál es su nombre? ¿Cuál? ¿Cuál es su edad? ¿En qué barrio vive? La cédula puede ser falsa. ¿Es su cédula? ¿No tiene otro documento? Dénos su número telefónico. ¿Cuál es el nombre de su esposa? ¿El de sus hermanos? ¿Cuál es la dirección de la casa en que dice que lo hirieron? Muchos olvidos, demasiados. ¿Es usted epiléptico? No se arrastre, párese. ¿Ha estado en el asilo de locos? No se retuerza, párese. ¿Tiene vehículo? ¿Dónde trabaja? ¿Cuánto gana? ¿Tiene chequera? ¿Ha estado en la cárcel?

En la comida:

Ese postre fue siempre mi preferido, pero hoy todo se ha estropeado. No sé por qué nos preocupamos y nos enfermamos. Esos gritos y esas convulsiones sólo buscaron acabar con la fiesta y que le pongamos atención. La pura verdad es que resulta ya aburrida la forma en que nos obliga a concentrarnos en él. Hoy inventó lo de insultarnos con eso de que lo estábamos asesinando, partiendo en pedacitos. Siempre se retira temprano con esa cara de tristeza, que nos deja tocando la puerta a la conciencia. Pero, ¿qué hemos hecho? Pensemos tranquilos qué hemos hecho.

Nada, salvo tratar de ayudarlo en lo que él deja. Somos inocentes de su tragedia. Bien se lo advertimos, cuando nos respondía agresivo que era su vida, su única vida y que la debía vivir a como pudiera.

Sin embargo, hablamos todos los días de él, porque nos duele. Nos duele su carácter empecinado, su soledad.

Y es que es muy infeliz el pobre. Callado, siempre lo fue. Aguantador también. Se exigió la dureza. Le dejamos lo sucio. ¿Recuerdan? El que hacía mandados, el que limpiaba el baño, el que se encargó de la basura, el que nos

entretenía cuando estábamos enfermos, el que se echaba las culpas de los otros, el que aparecía como mentiroso, el que se ganaba los castigos, el que no iba al paseo porque tenía que cuidar la casa.

Y el que no quiso estudiar y el que protegía al perro, hasta que se descuidó y le sacaste los ojos. ¡Cómo lloró ese día! Igual que esta noche.

No estudió porque trabajó para ayudarme con todos ustedes. Siempre fue muy hombre. Pero, hoy me preguntó si no estará desquiciado. Vieron cómo se arrastró hasta la puerta y la abrió con la boca, entre gémidos y acusaciones. Lo debimos haber seguido en la calle, pero es mejor ser discretos. Los vecinos empezaron a asomarse por las ventanas.

Es como los que se quedan atrás y se pierden. Eso es todo.

En la policía:

No quiero más que denunciar, sin nombres y direcciones.

Lo hecho está hecho.

En el hospital:

Atiéndanme y cúrenme. Tengo ocho hijos y mi mujer, una santa mujer, está enferma. No me importa estar mutilado, sólo quiero recobrar la fuerza del regreso. Y si no me curan y si no me arreglan, no importa, yo sabré como hacerlo.

En el consultorio:

Si empezamos por atrás y atrás, podríamos encontrar un comienzo.

En la comida:

Los quiero tanto que me siento fuerte para odiarlos.
Los odio tanto que me siento fuerte para quererlos.

De tanto odiarlos y quererlos, me siento fuerte para destruirme. El nada que soy es el resultado de quererlos y odiarlos con tal fuerza que sólo eso quedó. Sólo eso quedó. Sólo eso quedó. Sólo eso quedó.

En el hospital:

Le debo dar de alta porque es necesario y se requiere la cama. Está usted repuesto y bien, pero no sé por qué creo que le pasó lo que me dice que le pasó y temo que nadie le crea. La policía dice que usted es un caso y andan averiguando si no tiene cómplices y está enredado con esa maraña de terroristas.

En la casa:

Nos dejó, nos quería dejar desde hace mucho. Hay demasiadas buenas razones para largarse sin decir nada. Últimamente lo vi como alma en pena. Le pregunté qué pasaba. Me contestó que sus preocupaciones eran de pura identificación con alguien que se le parecía y nunca conoció. Esa noche se bañó, se afeitó y se puso el traje de ocasión. Lo vi ensayando sonrisas en el espejo. A pesar de su silencio, de su tardanza, sé que regresará. Nos quiere y es hombre noble.

En la policía:

¿Cuáles son sus contactos? ¿Recibe usted llamadas internacionales? Le advierto que ha quedado fichado y otra escenita igual la aprovecharemos para probar las nuevas técnicas de tortura. Usted no se nos va así no más. Sus buenas cicatrices le vamos a dejar.

En el consultorio:

Estoy seguro de que un destello de luz ha entrado en sus ojos. ¿No?

En la casa:

Ha vuelto mal, pero ha vuelto. Dice que no ve, ni puede caminar, pero tiene una sonrisa alegre que no le conocía. Me habla de que los descubrió.

En la policía:

Dejemos el caso abierto. Hoy ofrecieron diez mil por el expediente. Mañana darán más, si insistimos en que tenemos pistas y estamos a punto de averiguar todo.

En el periódico:

Un caso extraordinario preocupa a la policía. Un herido sin heridas acusa a su familia de haberlo torturado. La cosa se complica porque el hombre es anónimo y la familia por lo tanto. Sin embargo, hay rumores de que se trata de gente muy importante, con larga cola por majar. Además, hay una relación patente con un secuestro, el abandono de una familia numerosa y un extraño ligamen con la falsificación de pasaportes.

En el consultorio:

Estoy seguro de que hoy puede extender el brazo derecho. Hemos hablado tanto que estoy seguro de que su mano derecha va a estrechar la mía.

Cuando toqué la puerta, no usé llave, para significar que rechazaba el derecho, estaba seguro de que pasaría lo que me pasó. Sabe usted, antes vi a una señora pasear con su perro y ella se robó el momento de los momentos.

LOS SEÑORES MATOSOS DE LA CASA ALTA

Cuando se conocieron, él puso escuetamente las condiciones. Casarse es un serio compromiso sobre todo cuando se tiene ambición y se quiere lograr poder, además ya existe un estilo de vida y no se admite cambio alguno, y como si fuera poco es desconfiado porque cuando se trata de agarrar algo todo se acepta y después se sale con reclamos, protestas, rencores y la más infinita clase de jodas.

Ese día estaba oscuro y eran apenas las dos de la tarde. Pesaba el ambiente denso, a pesar de las ventanas abiertas y del ventilador ronca que ronca con la rapidez de una convulsión seca. El sudaba moderadamente, ella con abundancia y enrojecida por el calor y la angustia se declaró de una pieza. No soy de las que cambian y te quiero y te querré siempre igual. Complacerte será mi desvelo. Complacerte en todo, hasta en lo que tenga que adivinar, jamás reclamaré, nunca. No tendrías desconfianza si me conocieras más profundamente.

Afuera los pájaros alborotados reclamaban la lluvia y no llovió ese día. Llovió para el matrimonio, año y medio después. Ella llegó primero, con los familiares que él invitó porque no todos le eran simpáticos. No los tíos de la carpintería porque eran glotones y necios, no los primos de aquel pueblo detestable y lleno de polvo porque eran ignorantes, abrazaban muy fuerte y apestaban a mortadela, no los suegros del hermano porque eran feos y avergonzaba esa manera de reír denunciante de su imbecilidad.

Llegó serena y pálida, con un ligero temblor en la mano izquierda que nadie notó. Su cara blanca y perfilada hubiera revelado a cualquier observador año y medio de encierro, año y medio de cumplir instrucciones cada vez más exigentes, más severas, año y medio de silencios porque aprendió a decir únicamente lo que él quería oír, año y medio sin amigas, que fue perdiendo una a una porque el corazón se da entero, sin lugar a otros y a otras y desde ahora soy tu padre, tu madre y toda tu vida.

El llegó media hora después, la lluvia impertinente y el quiebre del pantalón torcido lo había atrasado y la necesidad de tanta gente para un acto tan estúpido como una boda.

La ceremonia se hizo larga e incómoda porque él gruñó varias veces y zapateó repetidamente como si necesitara replicar: puras tonterías son éstas que dice el cura porque éste ignora lo que es el yugo del matrimonio.

A la salida, cuando la lluvia se había hecho inofensiva garúa, la codeó para que viera hacia la colina: allí tendremos una casa alta y cuando sea alcalde saludaré al pueblo desde el balcón. Ella dijo que sí, sería una casa preciosa que ya soñaba cuidar esmeradamente para que él fuera feliz y se sintiera profundamente orgulloso. El replicó que todo sería a su gusto y decisión.

Cuentan que fueron profundamente felices. El siempre caminó adelante en los paseos de seis y media en punto a un

cuarto para las ocho en punto. Dos pasos adelante. Ella parecía cada vez más pequeña, como si se hubiera encogido. Tal vez era un simple efecto óptico, quizás era una posición de joroba ladeada con que combinó sus pasos cortos.

Construyeron la casa alta en la cumbre de la colina. Blanca con el techo rojo. Un balcón presidía una arquitectura simple de ventanas simétricas y una puerta estrecha, con aldaba de bronce, perpendicularmente abajo del balcón.

Les fue bien en los negocios. El tenía instinto para la oportunidad y los precios, ella era una hormiga para el rendimiento, el quehacer constante y el sacar provecho a lo que en apariencia no servía para nada. La compraventa del principio creció con un supermercado, una librería con una pequeña imprenta anexa y finalmente una ferretería, con un taller de reparación de esos aparatos que ahora se llaman electrodomésticos.

Claro que tuvieron problemas con el manejo de los empleados. El dictó un código de moral y comportamiento, cargado de deberes con los detalles más refinados de cómo y de cuándo, así como las prohibiciones terminantes de no tomar más confianza de la cuenta en materia de trato, en cuidado de lo ajeno, en puntualidad y en ausencias. No dejaba posibilidad de enfermarse ni de venir enfermo al trabajo por el peligro de contagio. Ella era todo un ojo vigilante del cumplimiento absoluto de lo dispuesto en el Código. Los primeros empleados acabaron por irse, pero se les hizo tal fama de malos trabajadores que no encontraron otro empleo y se fueron bien lejos, a donde no les alcanzara el desprestigio. Los otros empleados se quedaron por años, más por temor al exilio que por otra cosa, pues además de la lata de atender un trabajo constante y una cortesía excesiva, el salario no era un estímulo y buena parte se iba en las exigencias de corbata y de saco, de estar bien afeitado y con un corte de pelo militar bien arriba y bien raspado.

Nació el único hijo después de cinco años de matrimonio, cuando ya las lenguas reñían entre que la pobre era estéril, tan flaca, pálida, encogida y entre que se acostaba la pareja a la misma distancia que caminaron rutinariamente, en silencio, de las seis y media en punto a un cuarto para las ocho en punto. Nadie notó el embarazo porque por esa época se usaba la bata amplia, eso puso en duda a las lenguas del periodismo verbal que circulaba en salas, en bancas y en encuentros formales e informales de si era propio o recogido. Existió la duda mucho tiempo, por lo que se verá más adelante.

En el libro mayor del inventario él escribió con caligrafía de contabilista: varón, siete y media libras, 52 centímetros, feo y llorón. Ella a los dos días se incorporó al trabajo, un poco más pálida y encogida, con una sonrisa de orgullo, pero no hizo caso a las felicitaciones y dejó olvidados para siempre los regalitos que le llevaron los empleados. Bastaba no más, había dicho él, que se tomen la confianza de meterse en lo que no les importa.

Probó a la alcaldía por la forma tradicional de recibir a los políticos, de uno y otro partido, pues hay que ser precavido, y les ofreció banquetes y una contribución modesta ya que la ganancia mermaba entre lo que debía ser y había sido. Y nada. Cuando llegaba la victoria si te vi no me acuerdo.

La inundación de aquel año de las lluvias tremendas, que no pararon ni para dar tiempo de secar el balcón que se convirtió en un lustroso espejo por el que chapoteaban grillos y hojas verdes, le trajo la oportunidad tan esperada. Las aguas levantadas de dos riachuelos inofensivos en verano se llevaron barriadas enteras de casas de barro, lata, cartones, trapos y maderas podridas. Miles quedaron sin albergue y con mucha hambre. A dos viejas y siete niños que dormían en hamacas y cajones los encontraron hinchados, entre las rocas, cuando bajaron las aguas.

El aumentó los precios en la cadena de negocios, pero inventó la caridad oportuna. En el supermercado se hicieron largas colas para recibir el regalo de un bollo de pan, tostado y duro. En la ferretería se dio una camisa de manta. En la librería se regaló la oración "Señor, líbranos de los pecados".

Con el diccionario y una paciencia de leer cuidadosamente 20 páginas diarias, encontró la palabra que le correspondía: filántropo, "el que profesa amor a sus semejantes y procura mejorar su suerte". Exigió que se la antepusiera cada vez que se le llamaba. Ella fue la primera en llamarlo el señor filántropo y en el trabajo pronto se generalizó. La mayoría de los clientes, sin conocer el significado, creyeron que se había cambiado el nombre y sin mucha dificultad lo llamaron "don filántropo".

Y la generalización se fue reforzando con pequeños actos: lo verdaderamente inservible del inventario había que donarlo al hospital, a la escuela, al centro comunal; lo marchito de las verduras no se vendería por unos centavos a la chanchera del logrón don Aníbal, bien envuelto podía repartirse a los pobres los sábados a las doce en punto; además, con el papel que se amarillea decidió hacer almanques bimensuales, para regalar a los clientes, con las fiestas de guardar y los movimientos lunares, así como frases de propaganda para sus negocios en que siempre se mencionó que el principal interés era la filantropía plena.

Los políticos lo visitaron, ya no para pedir contribución, sino para ofrecerle la alcaldía. Desde que lo nombraron, las reelecciones siguieron hasta que pasó lo que pasar tenía.

Una de sus primeras medidas fue fijar la fecha del dos de enero de cada año para recibir al pueblo, frente al balcón de su casa alta en la cumbre de la colina. El arriba hacía un inventario de las obras realizadas, entremezclados los detalles con algunos pensamientos de orden moral y práctico.

Ella abajo, directamente en la puerta que daba a la cocina, repartía vasos de cartón con chicha y unas galletas caseras. Luego se ponía la radio muy fuerte, en la frecuencia con la música de moda, y algunas parejas jóvenes y rítmicas ensayaban en el pavimento los espavientos de juntarse y separarse del momento.

Sí, ese dos de enero duró mucho tiempo, pero un día se acabó.

El hijo fue creciendo y no era ni moreno como el padre, ni cara larga como la madre y sí incómodo como ambos. Empezó por los berrinches y no hubo castigo ni premios que se los quitaran. Bastante faja llevó y ni remedio. Se le ofrecían los regalos más caros, si por un rato dejaba de gritar y patalear, pero nada. Aburridos lo dejaron que hiciera lo que viniera en gana y entonces empezó a escupir a la hora de comida, a quebrar objetos valiosos y a remedar lo más ridículamente que podía a sus progenitores. Lo amarraron en un cuarto oscuro y se lograba escapar, lo escondieron cuando llegaban visitas y aparecía en el punto más interesante de las conversaciones para hacer pipí en el centro de la alfombra. No supieron qué hacer. El decía que era como ella y ella sin contradecir contestaba que su memoria no podía recordar cosa semejante. Al fin decidieron que lo mejor era internarlo en uno de esos centros correccionales, a ver si le podían sacar partido.

No lo vieron por muchos años, ni en vacaciones, ni en navidades, ni en los aniversarios de matrimonio y de cumpleaños. Sin embargo, de verdad la ausencia les pesaba como una pesadilla de que volviera igual. El cheque se giró mensual y puntualmente, pero nunca abrieron la correspondencia que venía del centro, por eso no sabían de sus progresos o atrasos. Llegó el día que ambos esperaron con un susto destemplado que los mantuvo despiertos por mucho tiempo: la devolución que les trajo directamente el Sr. Director junto a una cuenta de cinco ceros antecedida por un

siete porque aquel jovencito de ceño duro, de mirada agresiva, un esbozo lascivo de bigote, pelo largo y rizado, flaco, alto, con los hombros muy hacia atrás como si esperara un golpe o estuviera a punto de darlo, había quemado todo un pabellón del centro. No sonrió, no saludó y entró como perro por su casa. Hicieron el cheque y con breves disculpas, sin ganas de saber nada más, le dijeron adiós al Sr. Director. No le ofrecieron asiento ni un vaso de agua, aunque el día estaba caluroso, un día con un sol brillante y entrometido que producía jaquecas con sus reflejos chillones en las hebillas, en las calzas de los dientes y en todo lo que centellea.

De ahí en adelante no se volvieron a hablar entre ellos. El hijo hizo lo que se le antojaba, levantado mucho después que los padres comía frutas y caprichos con el ritmo a todo dar de la radio en el máximo volumen, con los tonos agudos a punto de reventar. Cuando los padres llegaban, él empezaba a canturrear las más descaradas estrofas de mambos, cumbias y merengues, y salía a recorrer las calles en lo profundo de la noche hasta que una claridad borrosa hacía fantasmales los arbustos y las casuchas que volvieron a prosperar cerca de los riachuelos.

El alcalde santiguaba los días tranquilos, la alcaldesa hacía promesas mientras rezaba novena tras novena entre las sumas de las facturas, la lista de los pedidos y la atención de los clientes.

Pero las quejas empezaron a llegar. Al principio tímidas. Don Aníbal sobándose las manos, con un aire de diplomático que se inicia en los trajines del reclamo, habló de dos chanchos muertos, los mejores de pura raza, ya vendidos a muy buen precio, que el muchachito mató a flechazos antenoche cuando la luna parecía un pecho lleno de leche. Se arregló con un cheque y el ruego de no comentar. Siguió la lista que abarcó desde la ventana rota hasta la violada en el parque, precisamente en el rincón de las azucenas que se arruinaron peor que la pobre chiquilla, hija

natural —se decía— del carretonero Pascual y sin madre muy segura pero que apareció en brazos de la impedida Chepa, quien gritó desde entonces ¡es un regalo de Dios!

Una noche, ya casi en el umbral de la puerta, un cuarto para las ocho en punto, él se devolvió dos pasos y le gritó: “Esto se acabó. Lo mato”. Ella, como si esperara eso y algo más, contestó con voz firme: “Hágase tu voluntad”. No durmieron, sentados en las sillas incómodas de la antesala, donde se recibían a los molestos que traían peticiones de cañería y alcantarillado, esperaron hasta media noche. Cuando ya cabeceaban con las bocas abiertas, un portazo sonó a clarín de alerta. “Padres, dijo el joven mientras se arrodillaba ante ellos, voy a cambiar, quiero ser un hombre de provecho, un revolucionario”. No pudieron ni moverse, en realidad no creían, eran de los que rezaban incrédulos por los milagros.

Y el cambio se hizo, el hijo entró al colegio, serio, con libros bajo el brazo que leía y releía, sacó notas magníficas, se relacionó con la mejor gente, también acudía a las barriadas más humildes donde enseñaba a leer y a contar. Educado, sobrio, hablaba poco con sus padres, apenas lo indispensable. Claro nunca siguió el código estricto que regía la vida familiar, es más en una expresión muy desabrida dijo a un sirviente en esa voz alta en que se habla para uno y para todos: “Esas carajadas son puros mates de dos imbéciles sin alma”. Eso los hirió pasajeramente, no era cosa de ofenderse ni de guardar rencor, grande había sido el milagro.

El siguió sospechando, ella siguió con las promesas y novenas de agradecimiento, pero en el fondo no se explicaban el cambio y esperaron por mucho tiempo la puñalada en la espalda.

El hijo se fue a la capital, a seguir estudios universitarios. Respiraron tranquilos, pues por lo menos sería largo el descanso y a lo mejor la suerte de que no encontrara el

camino de regreso porque por allá es bonito, mucha luz, todo tipo de entretenimiento y muchachas de las que saben arrebatarse los sesos, aunque ése de eso no tenía mucho.

Los dos de enero se celebraron con más esplendor, había que reponer el prestigio perdido y que se olvidaran de los muchos años en el cargo que desgastan y a veces aburren, se empieza a pensar que escoba nueva barre mejor que la vieja. Se dio cerveza en vez de chicha y emparedados de mortadela en vez de galletas. Un dos de enero el alcalde después de exagerar la obra de su gobierno y citar como propias algunas cosillas que habían hecho organismos internacionales y asociaciones de buena voluntad, meditó en voz alta (así lo dijo) sobre la ingratitud humana hasta de los propios hijos y señaló que la filantropía no siempre encontraba la tierra abonada para el agradecimiento. Como la voz le temblaba, despertó emoción en algunos, sobre todo al verla a ella entre el reparto de cervezas con los ojos llorosos, como si de repente fuera a estallar. No sabían que la pobre cargaba una gripe revuelcacuerpos, que en forma de epidemia llegó desde el puerto.

El hijo volvió solo, sin la muchacha arrebatasesos. Ni siquiera avisó a sus padres, ni los visitó. Abrió un bufete en un barrio pobre y vivió en el trasfondo. Buen peleador ganó pleitos desahuciados, en eternas disputas de tomas de agua y límites de fincas, por lo que su fama trascendió y lo consultaron de otros sitios y hasta de la capital. Vestido de limpio y sencillo, la profundidad de sus ojos impresionaba. Una linda jovencita buscararidos apuntó que su mirada era mesiánica. Aunque muchos no dominaban el término, lo repitieron porque sonaba bonito.

Cuando llegó la época de las elecciones, se postuló para alcalde. Eso terremoteó al pueblo: hijo frente al padre. Entonces empezaron los discursos y qué forma de hablar la del muchacho, claro y terminante, concreto y honesto, sobre todo con aquello de erradicar a la filantropía, para que vi-

viera el derecho y la justicia; acabar con los monopolios de ferretería, imprenta, librería y supermercado con altos precios y pésimos productos para que quien quisiera instalara negocios honrados y libres; ridiculizó los mates de los matosos señores de la casa alta en la cumbre de la colina.

Ganó las elecciones por una mayoría tan absoluta, que por el viejo alcalde votó, según claras cuentas él mismo, su esposa, dos sirvientes y cinco de sus empleados. Desolados se fueron de vacaciones al puerto, ni siquiera esperaron el cambio de poderes. Las primeras vacaciones en 27 años de matrimonio y no sabían qué era eso de descansar y qué se podía hacer sin trabajar. La verdad fue que su único deseo era llegar al mar y llorar y llorar. Ambos tenían la idea de que era más fácil y más cómodo llorar frente al mar.

El joven alcalde llegó su primer día al trabajo a la hora en punto. En la mano llevaba su primera circular: "Prohíbo terminantemente que me hablen por detrás porque eso siempre me resfría; quien me dé la mano se la debe haber lavado primero, soy alérgico al polvo y a la suciedad; no quiero que cambien de lugar mis papeles y por favor que nadie fume en mi presencia, el olor a tabaco me produce náuseas; las majaderías a planteárselas a los majaderos, a mí sólo debe llegar lo importante, lo que requiera solución difícil e inteligente; a la entrada se me debe decir escuetamente: buenos días, señor Alcalde; a la salida: feliz noche, señor Alcalde. Más adelante, conforme los conozca mejor, les daré otras instrucciones".

Efectivamente así fue. Eso y otras cosas más que no cabe contar en este cuento, como las condiciones que expresó muy clara y terminante a la joven que planteó la posibilidad de matrimonio, confirmaron en el pueblo que en verdad era hijo legítimo de los señores matosos de la casa alta.

LAS MULTIPLES Y REPITENTES CIUDADELAS DEL RUIDO

Cuando nació el cordón umbilical estaba enredado en su garganta. Un ruido de gotas lo enloquecía, morado entre rojos, a punto de asfixiarse. En espasmos demostró lo que oía.

Es tan feo y con lo linda que es ella. Está temblando con horror en sus ojos vacíos, como si el ruido lo sacrificara en un dilema de terrores.

Más tarde confesó que odió de sus padres estos acentos absolutos, y de sus amigos ésa competencia de quién chilla más fuerte.

Más tarde aún, en la intimidad de la cama, perseguido por un aprendiz a disolver en escándalo el silencio de la noche, creyó que lo mejor era dejar este mundo de voces altas, gritos, amplificadores de sonidos y sordos indiferentes a los testimonios inagotables de las velocidades sonoras, de los diálogos y multidiálogos con voces gritonas, gestos obscenos y sacudidas de atención para un comunicarse que no

oye a pesar de los esfuerzos distorsionantes de decir algo con chillones tonos agudos. Sólo lo detuvo el miedo de que más allá podía ser cierta la creencia de querubines con shofares, clarines, arpas, flautas y otra instrumentación pituda, y hubiera amplificadores en un afán de llegar a todos con la sonoridad inventada por los torturadores.

Se decidió por tacos para los oídos. Esos que ocupan el laberinto que lleva al caracol de las resonancias. Era un hombre ocupado. Desde niño trabajó para ser alguien, dentro de los ideales del individualismo que proclama: superación personal y al resto que se los lleve. . . quien los traiga. Se esforzó siempre, por eso se fue enamorando del silencio y de la soledad. Definido como de clase media-media, quiso enriquecerse de curiosidades para que no se dijera que podía ser arribista, menos arrabalero, apenas admitió que se le considerara un invitado de honor al banquete de la cultura. Un detallista perfecto conoció al dedillo el manejo académico del lenguaje, en tal forma que captaba a la velocidad del sonido cualquier contravención a lo reglado, y estaría, si llega a leer este relato, protestando sin piedad por el mal manejo del idioma. En matemáticas no se quedó atrás, un perfecto calculador de las operaciones más complejas, abstractas e inútiles, como aquélla que lo hizo célebre sobre la duración de un re menor en un espacio vacío, en un espacio lleno, en un espacio ocupado por diez personas, para comprobar que el sonido y su reverberación es un robo compartido que complica la propiedad individual del oído. Y junto a la habilidad matemática desarrolló la de la física con sus diversas ramas, la de la astronomía con su lista de vacíos y de huecos negros, la de la química con sus múltiples combinaciones y la de adivinar el pensamiento ajeno en que las equivocaciones no exigen disculpas.

Psicólogo intuitivo llevó siempre tarjetas clasificadas por orden alfabético de amigos, conocidos y aun personas

que no le presentaron, cuyo nombre y apellido era una hipótesis y que contabilizaba por el señor X-2-BI o por la señorita ? Y-7-ZIV. En ellas anotaba acciones y reacciones como si quisiera tener datos y recursos para escribir la novela infinita de la humanidad histórica y contemporánea.

Quizás para no enfatizar esa hambre insaciable de saber, sólo se puede anotar que para dormirse siempre acostumbró, en orden de longitud, a citar mentalmente los ríos del mundo, en un ejercicio que siempre fue del más largo al más corto, con la connotación agregada, a manera de apéndice, de la geografía política que atravesaban.

Los ruidos le produjeron, oh propietario de los silencios, unos escalofríos que alteraban su presión sanguínea, se transformaron luego en agudas jaquecas, más tarde en supuraciones de la piel y finalmente en un afán, especie de vértigo, que osciló entre su deseo de morir en pecado ni tan grave ni tan leve que lo llevara al limbo de los silencios, o los de matar al que jugara con cualquier estridencia, aun la más tenue y mimética como la de usar corbata roja para poner pésames por correo o de sonreír discretamente frente al detalle concreto de un suceso tragicómico.

Fue entonces cuando aceptó dar la cátedra de axiología en el postgrado universitario de cálculo infinitesimal. El primer valor lo dio al silencio y nunca llegó al segundo valor, en el largo semestre que se hizo a los participantes silenciados aun en el pase de una página, porque el silencio era el principio y el fin de todo, era el verbo callado pero creador, era la paz y la base de la comunicación humana, era la respuesta de la vida y el recurso racional de la muerte. Así se justificaba la aristocracia del espíritu y la disparidad de las desigualdades.

Resultó una cátedra enfática, asaltada con frecuencia por una tos involuntaria pero insistente, que fue de inmediato despachada a toser en la intemperie de los corredores o una pregunta en voz chillona de graduada universitaria,

deseosa de ser notada y original, que acalló con un manotazo que le dolió en los oídos y con un vocablo fuera del tono habitual, que dijo simplemente estúpida. Y cuando la aspirante a postgrado empezó a llorar con toda la pericia del berrinche aprendido desde muy niña, el catedrático desesperado se incrustó los tacos con tal ímpetu que fueron a dar más allá de lo recuperable. Sordo, por voluntad propia, se dijo a sí mismo, éste es el milagro que buscaba.

El resto del curso nadie lo oyó porque por miedo a afectar la consideración que le merecía la armónica aceptación de los sonidos por parte de otros, apenas si musitó los conceptos fundamentales del valor del silencio que sólo expertos en la lectura labial hubieran podido apreciar, entre la algarabía que se fue acentuando al darse cuenta de que el profe, además de maniático insoportable, no oía absolutamente nada. Gritaron, insultaron, sin mímica alguna, con las técnicas de ventrílocuo que todos tenemos, y con risas salvajes y selváticas, sin movimiento promiscuo de labios y gestos, contestaron sabiamente que el primero y único valor de un postgraduado universitario era fomentar y resguardar el silencio. Aprobaron el curso con facilidad, menos uno siniestramente rebelde que se atrevió a hacer una apología al ruido, esencia fundamental de la vida plena.

Y la felicidad tiene un límite: a pesar de la incrustación a fondo de los tacos, empezó a percibir de nuevo los sonidos. Primero fue la sonata-llamada, sin instrumentación alguna, de un grillo perdido en el mobiliario de un cuarto austero, salvo en el roció de las tarjetas desbordadas del conocimiento referente a personas, personajes y pseudoindividuos que rebasaron el archivo y la clasificación decimal alfabética, romana y arábica que había diseñado al principio. Los seudos agotan cualquier índice bien organizado y necesitan cruzamientos infinitos como los cálculos sobre las hipótesis del vacío. Además, el sonido del grillo apareció la noche en que surgieron dudas sobre la largueza exac-

ta del Támesis, del Guadalquivir y del Magdalena, lo que hizo imprescindible consultar mapas y abrir tres enciclopedias fluviales en el tomo de la T, de la G y de la M.

Después del grillo y más torturadamente que antes, oyó las motocicletas sin escapes, las tormentas de octubre, el aceleramiento de los autobuses, las correntadas de velocidades de los vehículos con sus pases de primera ronca a cuarta dubitativa de si puede o no puede, y un piano desafinado a seis cuerdas y media hacia el sur, que su resonancia acústica localizó en la casa de madera al punto bíblico de polvo eres y en polvo acabarás, sin contar con los dos vidrios rotos del ático ni los derramantes tonos de los aguaceros inesperados.

Apreció más que nunca la expresividad plástica, tan creativa y callada de las espermas. La calificó el mundo sugerente del silencio, en que todo es posible. Un dedo, una mano, un rostro y hasta un grito denunciador y silente, como debe serlo para estimar su estilo profundo, heroico denunciador, sin estridencia alguna.

Lo torturó hasta lo increíble los ruidos menos percibidos, el de la circulación de su sangre, el del cambio de luz en los semáforos, el de sus ojos al parpadear, para qué decir la tortura de las bocinas, de los arranques de motores, de las voces, del viento, de los vuelos, de las pisadas, de la lluvia y ¡oh pavor! el de los trenes y de los rieles que eran como un coito sin fin, con toda clase de gemidos.

Pensó en el fin, en la necesidad de paz, en la terminación de la tortura para él y los demás.

Las plantas acribiológicas por siempre han estado presentes en la mente humana. Desde la creación. La manzana era apenas un símbolo de su poder, combinado con la sagacidad de la nunca bien ponderada dialéctica en manos de la reptil.

Las empezó a estudiar siguiendo la experiencia de siglos, acumulada en la supervivencia de los rumiantes. Hay

hierbas intocables, malas hierbas, que rehuyen el caballo, la cabra, el toro y la vaca. Las fue seleccionando. El jugo de algunas resultó espeso, mal oliente, displicente y con una evidencia de peligro que no necesitaba etiqueta. Casi desalentado, se fijó que entre el pasto lamido hasta las raíces de la sobrevivencia, como esas buenas rasuradas que anuncian hasta la saciedad la eficacia ejecutiva y empresarial de determinadas navajillas, quedaba intacta una hierba casi insignificante de pálidas y sintéticas margaritas en la más plena decadencia, pues sus pétalos eran incompletos y su corola apenas alcanzaba un amarillo apagado en el seudo esplendor, siempre el seudo, de una estación descompasada. Algo así como las cuatro estaciones de Vivaldi tocadas en el kiosko de cualquier parque en el centro de Africa, a eso del mediodía.

Las estudió de cerca. Sin duda eran de las acribiológicas. Las licuó y resultaron transparentes, inoloras, insípidas. Podían mezclarse en el agua como una gota más. Probó con el gato, cuyas pisadas lo habían empezado a molestar, no se diga de sus maullidos que revivieron el sangrado de sus úlceras epidérmicas.

Puso una gota en el bote de agua. Esa noche alimentó al gato con bastante bacalao bien salado, porque es sabido que gato y agua apenas si se juntan, salvo en casos de necesidad emergente. Amaneció muerto y no oyó su muerte, con lo que imaginó que fue plácida e inocente.

El archivero se había enriquecido con tarjetas de grillos, gusanos, pájaros y gatos. Incluyó dos perros grandes, que ladraban en una combinación descoordinada entre sol mayor sostenido y la menor ambulante, no los podía oír sin sangrar por buen rato y también le resultaban profundamente violentos a la vista, porque eran tan impúdicos como los monos exhibiendo el aparato reproductor sin el menor recato.

Se aprovisionó de agua para tres meses y cuatro días.

Seguro, inyectó una jeringa de cinco centímetros cúbicos en el sistema central de cañería. En el periódico leyó que cinco niños saludables murieron ipso facto, en circunstancias inusitadas, después de beber un vaso de agua. Inyectó litro y medio. El periódico reseñó la muerte de diez ancianos, dos adultos, connotados políticos en actividad partidista, veinticuatro niños y los perros y gatos del sector este de la ciudad. El único indicio común era que habían tomado agua poco antes de fallecer. Se atrevió a fortalecer la dosis: tres litros. En el sector sur de la ciudad murieron ciento tres estudiantes de primaria y treinta y tres de secundaria, dieciocho profesores, más veintiséis mujeres y veintitrés asilados ancianos.

Era evidente que los líquidos inyectados corrían en determinadas direcciones, según las demandas o los vientos de esos días o la misma combinación natural de los espesores.

Pensó que las inyecciones debían ser combinadas. Puso veinte litros en el tanque del sector sur, ruidoso y popular; treinta en el tanque del sector este, el de los parlantes y el de las ventas a gritos; cuarenta en el tanque del sector oeste, disonante y pretencioso; cuarenta y cinco en el sector norte, el sector más odiado, su propio sector, el de los que revientan cohetes, se llaman a bocinazos y no tienen noción alguna de lo que vale el silencio. Resultado: emergencia nacional, peste desconocida, más de diez mil muertes, llamada a científicos internacionales, funerarias agotadas, se entierra a como se pueda.

Empezaron los exámenes del agua. Nada. Se dubitó sobre la contaminación ambiental. Protestaron los industriales. El estudio quedó pendiente. El ejército se movilizó. Nada. Las universidades declararon que la situación era un reto para ellas. Nada. Declaró el Presidente duelo nacional. Nada. Declaró el Ministro que se estudiaba seriamente el asunto. Nada. En el periódico el editorial se tituló desolación. Nada.

Puso mil litros en el tanque madre de todos los tanques. Los puso poco a poco, confundiendo su personalidad con técnico de Liberemos Libertad, Arriba Hombre, Desarrollo Sin Fin, Seremos Campeones y Arriba Armas, o sea de AHOM, DESIFI, SERCAPO y ARRIBAR.

Un millón de muertos y nadie que escribiera la noticia. El silencio total, el primer y único valor como escribieron los difuntos aspirantes al postgrado.

Se paseó tranquilo. Ese día se levantó tarde. Un aleteo de palomas lo hizo pestañear y las pestañas le sonaron con agudezas de bisagras detonantes y con clics de cámaras fotográficas.

A las tres de la tarde se sacó los dos ojos, como si fueran las nueces abiertas que se deben escarbar.

Hacía más de una semana que no comía, el sonido de las glándulas salivales le fueron sonando como correntadas estridentes rompe piedras y hace esculturas con taladros agudos y vibrantes.

A las cinco de la tarde se cortó la lengua.

La ciudad le llegó como un parque solitario y suave, pero le molestó el sonido de la hierba que crece y de la flor que florece.

A las seis de la tarde se amputó el dedo meñique de la mano izquierda, porque le sonó a vibración de marea alta en tiempo de luna llena.

Sintió perfumada la callejuela que lleva a su casa, pero la rodilla derecha lo estremeció con un sonido a viejo y a húmedo, como la sospecha de espionaje que se siente en lo denso del trópico y es la serpiente que atisba. Se golpeó contra un muro hasta que la oyó y sintió inútil, pero el sonido de un dolor le gritó: soy infinito. Supuró sudor, sangre, quejido y con sed de caravana extraviada apenas si pudo llegar a la fuente.

Bebió con ansias de olvido y no llegó ni a sentarse, cayó sin dolores ni tortura, salvo el de los parlantes que inun-

daron de clarines, arpas, flautas y shofares, una melodía estridente, tocada al mismo tiempo en jazz, rag, rock, mambo, calipso, rumba, danzón, cumbia, bossa nova, tango y bolero, con voces marmóreas y agudas, agónicas de falsetes. Un estribillo con inundaciones de voces inarmónicas sólo decía: "Este es el comienzo de me oís, te oigo y nos oimos".

EL NIÑO DE LOS CASTRO

El herrero siempre está en su trabajo. Se mueve de un lado para otro, transportando piezas, midiendo los pedazos de hierro, haciendo cálculos con sus manos y dedos, y luego atiza el fuego y da duro contra el yunque. En un rincón, su hijo lo mira sin expresión en los ojos.

—¿Supo usted lo que pasó?

El viejo repartidor de periódicos le trae la noticia.

El herrero se para en la puerta y recoge su ejemplar.

Con un gesto de su cara, le dice que no sabe nada.

—Pues el chiquillo de los Castro se estrelló en la cuesta y se mató. Ya lo decía yo, nadie podía hacer esas gracias. Agarrar velocidad y olvidarse del peligro. Algún día tendría que pasar algo, ya lo decía yo.

El herrero paga su periódico y vuelve a su trabajo después de recoger y poner en el regazo de su hijo unos tucos de madera, que enlazó con un alambre para que se distrajera golpeándolos contra el aire. Parece que trabaja con más

empeño, las chispas brillan por el galerón. “Ya sabía yo que así iba a terminar, todo el pueblo estará repitiendo la frase”.

El niño de los Castro llega con frecuencia a la herrería. Se para frente al herrero, casi estorbando su trabajo y empieza con preguntas que el hombre nunca contesta.

—¿Para qué hacés eso?

—Tu hijo no sabe hablar, ¡qué raro!

—Tu hijo no se mueve de esa silla.

—Me dijeron que tu hijo es un pobre desgraciado.

El niño de los Castro con sus ojos azules, con su figura atlética, se mezcla entre las cosas del herrero. Este lo soporta con paciencia, pero en sus músculos se mueve un nerviosismo, que pone a temblar los grandes bíceps. No contesta, habla muy poco. Sólo sus ojos atentos responden, siguen los gestos de los otros y las manos actúan cuando se le hace insoportable aguantar más. Así, cuando ya su fuerza detenida lo exaspera, va empujando al niño de los Castro, hasta que lo saca afuera y cierra su galerón. En la oscuridad encuentra la cabeza de su hijo y la acaricia hasta que siente que sus babas le corren por la mano.

El niño de los Castro viene todas las tardes. La herrería lo hechizaba. Aquel hombre fuerte y silencioso, aquel niño sentado en una silla, con la cabeza floja. Aquella silla, a la que se le han colocado dos ruedas y muchas correas, una especie de extraño instrumento que mueve el herrero con suavidad, para que su hijo no se fuera a golpear con el movimiento.

Llega con su bicicleta y la para a la entrada. Llega con sus ojos azules, con sus mejillas sonrosadas, con su aire de salud y de armonía. Es un estupendo muchacho, el niño de los Castro. Como el herrero no contesta, acostumbra también a contarle cosas.

—Ayer salí a vacaciones. ¿Sabés? Fui el primero de la clase. No hay quien pueda conmigo, ni en los estudios, ni

en los deportes. Soy un campeón con esta bici. Yo mismo la arreglo. Ayer tenía flojos los frenos y hoy ya están bien. Con un desatornillador los desarmé y fui colocando las piezas con cuidado, ajustándolas. Papá me va a dar un regalo por las buenas notas. Está muy orgulloso de mí. ¿Qué estás haciendo con esas piezas? Ustedes son muy pobres, todo el pueblo lo dice. Tenés los zapatos rotos. Y tu mujer tiene que trabajar para ayudarte. Es la sirvienta en la casa de los Acosta

El herrero sigue moviéndose con su inmovilidad de reacciones. El niño de los Castro a veces no sabe si lo oye. Pero si se atreve a coger una pieza, o a acercarse al niño, el herrero violentamente lo quita, sin decir una palabra.

— ¡Pobrecillo tu hijo! Si fuera como yo, te sentirías orgulloso de él, pero así como está, tan. . . enfermo, te debe dar mucha lástima. ¡Pobrecillo!

El herrero sigue en el yunque, mientras el niño de los Castro exhibe sus ojos azules y su figura atlética.

— Papá gana mucha plata y mamá no tiene que trabajar, no hace los oficios de la casa, para eso tenemos una sirvienta. ¿Te gustan mis zapatos nuevos?

El herrero no contesta ni con un gesto. Parece que se aferra a una idea o que alimenta su odio interno. Sus golpes sobre el yunque y las chispas que a veces alcanzan al niño de los Castro.

— Sos más fuerte que papá, pero él más inteligente. Ese trabajo tuyo es para los hombres que sólo tienen músculos. No podrías trabajar en una oficina, ahí se necesita saber de números y letras. Yo seré ingeniero y tendré mucha plata. Me casaré y construiré una gran casa, llena de vidrios y de adornos bonitos.

La mujer del herrero vuelve por las noches cansada. Se quita las medias botas que ha comprado para cruzar las calles en invierno. Extiende los dedos apesados y se complace en quedarse viendo sus pies llenos de llagas, salpicadas

por el barro. Acaricia al niño en su silla de ruedas. Le dice "mi bebé, mi bebecito". Después desamarra las correas y con la ayuda del herrero lo tiende sobre su cama.

— ¡Qué vida esta! Hoy comentaba la señora Acosta que el chiquillo de los Castro va a acabar mal. Le ha dado por bajar la cuesta a toda velocidad con su bicicleta, y va con las manos sueltas. Es lindo ese chiquillo, con sus ojos azules y con su pelo que parece miel. Así debió ser nuestro hijo. Así lo había soñado cuando veía las revistas. Las viejas dicen que una se puede obsesionar con un cuadro muy lindo de bebé, para que nazca igual. ¡Creencias tontas! Tantas revistas que vi, para nada.

La mujer del herrero conversa mientras recalienta la comida que dejaba lista desde la mañana, pone los platos en la mesa y da por cucharadas un caldo espeso a su hijo. El herrero le ayuda a levantarlo un poco de la cama. El niño tiene la cabeza floja, el pelo ralo, los ojos café indefinido sin brillo, la boca sin forma, con el labio inferior caído, que enseña siempre unos dientes torcidos con manchas negras.

—Vamos, bebé, mi pequeño bebé, un poquito más. Hoy está muy pálido. Debías ponerlo un rato donde le dé el sol. El es tan bueno que se está quietecito. Mi bebé, mi pequeño bebé.

El herrero le acaricia la cabeza y lo recuesta de nuevo con un beso en la frente. Después se sienta con su mujer a comer y le cuenta lo que había hecho. A veces le dice que a él le salía todo mal y que no entendía por qué, que era cumplido con la iglesia y nunca hacía daño a nadie.

—Ya cambiará nuestra suerte. No hay mal que dure cien años. Estamos juntos, eso es lo importante.

Y por encima de la mesa se estrechan las manos.

El niño de los Castro viene por la tarde con su bicicleta. Entre sus cabellos de miel, brillan algunas gotas de sudor. La cuesta hasta la casa del herrero, era algo de tenerse en cuenta. Unos quinientos metros de pendiente estrecha,

con unas curvas cerradas. Alguien había dicho que la herrería estaba muy mal ubicada, pero allí la instaló el abuelo, un viejo progresista que aseguraba que el pueblo algún día llegaría hasta ahí. Pero el pueblo decidió extenderse hacia el lado del río, a pesar de que las inundaciones algunas veces hacían desastres con las casas que se aventuraron cerca de sus playas. El padre y el nieto respetaron la decisión y en realidad nunca faltó el trabajo. La cuesta era parte de la vida del pueblo y el camino a San Pablo.

—¿Por qué estás asoleando a tu hijo? Se le va a quemar la piel y después le dolerá. ¡Pobrecito! ¡Seguro que no sabe ni lo que es sol!

El niño de los Castro se mete en todo. Un día en un descuido del herrero, entró en su casa.

—No sabía que vivías tan pobremente. Sólo un cuarto tenés.

Ese día la impaciencia del herrero se tradujo en un golpe seco, que hizo rebotar un pedazo de tuerca contra su cara y le dejó un arañazo hondo. Fue el único día, en que todo lo retenido estalló en palabras.

—Carajo de mocoso, no vuelva por aquí. Me tiene ya hartó. Entiende: ¡hartó!

Tuvo ganas de llorar el herrero, pero sus palabras fuertes asustaron a su hijo, que se cayó sobre las correas como un espantapájaros abatido por el viento y la tormenta. Lo trasladó inmediatamente a un rincón de su herrería, mientras murmuró palabras suaves: "Mi bebé, mi pobre bebé". Tanto la mujer como el herrero, creyeron que a su hijo llegaban las palabras suaves y que algún día a través de ellas encontrarían su sonrisa.

El niño de los Castro se va pronto ese día, sin comentarios. Pero vuelve al día siguiente, con la bicicleta en la mano.

—Se le reventaron los frenos, por dicha no fue en la cuesta. Los sentí flojos en la última parte, llegando a la pul-

pería de los Vindas. Casi frente a mi casa se reventaron. He dejado las piezas sueltas y la he traído despacio para que no se metan entre los radios y los vayan a romper. ¿Creés que podés arreglarlos? Si tuviera soldadura yo mismo lo haría.

El herrero sigue en su trabajo como si no lo oyera.

—Si no podés hacerlo, y me prestás un poco de soldadura, yo mismo podría componerlos. Seguro que no vas a poder, porque nunca has tenido una bici.

El herrero coge la bicicleta con ademanes bruscos y la mete entre sus rodillas. Empieza a examinar el mecanismo de los frenos.

—¿Qué le pasó a tu hijo ayer? El día menos pensado se les muere. Mamá dice que un niño así no vive mucho tiempo y que será un descanso para ustedes.

Arregla la línea de acomodo del mecanismo y encuentra la pieza suelta, la que tiene que soldar. El niño de los Castro observa con cierta sonrisa burlona, las piezas plateadas entre las manos fuertes y sucias del herrero.

—Eso no va ahí. Así, sí. Mi papá podría arreglámela, pero ése no es oficio para él. Algún día tenés que conocer mi casa. En hogares como el mío no pueden nacer niños tullidos como el tuyo. Mamá dice que todo eso es herencia. Los pobres cada vez son más degenerados.

Los ojos azules del niño de los Castro, son realmente bonitos. Tienen un brillo como las gotas de agua, y un aro negro que los hace más claros. El herrero en sus sueños, a veces coloca aquellos ojos en su hijo, lo mismo que el porte atlético.

— ¡Qué lata! Has dejado caer una gota de plomo en la rueda. . . No sabía que se podía quitar. Ahora parece que todo está bien. Voy a ver el resultado de tu trabajo. Voy a probar los frenos.

El herrero da la espalda al niño de los Castro, pero

oye los frenazos en el polvo y siente dentro del galerón las nubes que levantan.

La mujer llega esa noche cansada, pero tiene una alegría extraña y excitada. No se quita los zapatos, ni se contempla los pies. Coge la cabeza de su niño y le dice con más ternura que nunca "mi bebé, mi querido bebé".

—Es de la misma edad que el niño de los Castro. Y Dios castiga el orgullo. Lo paseaban por las calles como si fuera una pintura. "No hay otro mejor, ni más bonito, ni más inteligente". Eso es lo que iban diciendo por las calles. ¿Para qué tanta belleza? Para que acabara desnucado. La culpa es de ellos, dejaron al niño hacer sus caprichos. Todo el pueblo decía que algún día le iba a pasar algo. Esa manera de bajar la cuesta. . .

La mujer sonríe, el herrero sonríe, el hijo hundido en la cama babea la almohada.

LOS DOS SANTOS MEDIOEVALES DE MI ABUELA BIZANTINA

Me fui despidiendo poco a poco, como lo hacen los poetas y los hombres que saben de una muerte lenta en que volverán los recuerdos, las caras viejas, la sensación de un reencuentro con la infancia, la ensombrecedora nota del chocheo.

Esa casa vieja, con tanta humedad en los rincones y en el frío de los ladrillos, nunca se despedirá del todo, porque fue mía en la mejor de las posesiones, sin desplante alguno, sin decirlo siquiera, sin pensar que su dueño no se olvidaba nunca de los alquileres, y de que el goce de dormir como duermen los que creen en el mañana, que somos todos, nunca volverá. Ese dormir cuando ya estaba dormido de pura pereza, de no cerrar los ojos para ver el tiempo y recorrer irrespetuosamente la cara de Don Cleto y de don Ricardo, hablarles como se habla a un cualquiera y decirles frescamente qué hicieron con la Costa Rica que se está yendo, igual que se fueron los dos santos medioevales de mi abuela bizantina.

Hijo de lavandera, de la pobre mujer que lavaba las miseria ajenas y se enorgullecía de entregarlas blancas de puro limpio, con olor de madrugada y desvelo. Hijo del pueblo, que sabe el valor del pan y se lo come despacio para que sepa a centavo y a esfuerzo, para que dure mucho y no caliente sólo un rato. Hijo de mujer honrada y de padre que pudo ser casi tanto como don Ricardo y don Cleto, que a lo mejor lo fue o por desgracia no llegó más que a borrachín de toda ocasión y de invento para seguirla, qué importa de por si no lo conocí y él tampoco me llegó a ver creciendo ni ya hecho hombre de remiendos. La pobreza es condición mental, y aun ahora que despilfarro y tiro los cigarros a medio fumar para que algún pelagatos como yo se los acabe de fumar, sigo pobre, limpia y tristemente pobre.

Qué triste es el destino de los que llegan tarde. Mi despedida fue desde el principio despedida. Cuando llegué a la casa, me dijeron que estaría muy poco, tan poco como durara el encuentro de quien me dejó en la puerta, ya grandecito de entendimiento, para que se me grabara en el alma que ella, la lavandera, la jodida del barrio, la que no habla porque es muda pero piensa y se las larga con quién sabe qué diablo, dice que no y es sí porque sólo ella hace esas cosas y no es el primero que tira. Así entré muy solo como si fuera un día de nacimiento sin gritos, sin sábanas manchadas, sin esperanzas de que sea rubio y de ojos claros. Me miraron con recelo de no es mi raza ni mi sangre, y en un rincón de cazador carente de presas y de atisbos, empecé a calentar los pies que son la melancolía resistente de las orfandas.

Cuando encontré un espejo ya me parecía a las tías flacas que se pegaban como sustancia de humedad a las paredes. Unas y otras, en las tardes calientes, se embestían con furias de palabrotas y yo era el hijo de calles, de miradas, de nombres violentos, que Dulce le decía a Triana, que Manuela le contestaba a Antonia, que Renata le repetía

furibunda a Josefa. En la calma aparecía de nuevo la lavandera muda, que era una tal por cual desvergonzada y se acabó.

Me despido, sí me despido de todas ellas, que realmente me acariciaron con delicia para ellas y para mí, cuando me quedaba frente a la que se volvía tierna, me confesaba sus pecados y con la mano sudorosa decía que era el Moisés de su culpa porque la oración no resiste la flor y la penitencia no detiene las enaguas, quizás por culpa del viento, quizás por culpa de la noche que se hace larga y dice cosas raras o quizás por el frío que crece como un hueso incómodo y no cabe en las sillas ni deja caminar como deben caminar las señoritas.

Conocí a la lavandera. La quise linda pero era fea y no oía ni los gritos. Por detrás era una simple muralla de indiferencia. Ya de frente a sus manos de laja y despellejo, su mirada humilde me crucificaba con más devoción que todos los viacrucis. Madre, madre, y ella sonreía a todos los hijos del mundo como si no tuviera ninguno.

Aprendí las cosas que se quieren aprender cuando se tienen ganas de vivir, y se sabe que la vida es corta. La abuela me lo enseñó sin enseñármelo, la temible abuela, la de los santos medioevales, la que era bizantina porque así le dijo el muertito apergaminado de su esposo con unos bigotes de telón encubridor de fosas nasales y bucales. Bizancio el espíritu y el cuerpo, bizancio el ojo izquierdo que no miraba recto con el derecho, bizancia la veneración a San Nepomuceno, el injustamente ahogado que se debe invocar en los peligros de las aguas y de las sentencias amargas y San Norberto, el que sin ser tuerto era sabio y bueno.

La abuela que nunca me quiso, porque no era mía ni supo serlo, salvo por las candelas y las orgías de esperma en que metía los dedos para hacer catacumbas blancas, y esa manera de parar los ojos frente a los santos y decirles que el mundo estaba perdido y pedir con fervor el diluvio, el te-

remoto y el lavado inclemente del fuego. Cuando entraba en el trance de las grandes cóleras y pedía vociferando el fin del mundo, era mi abuela, la maga, la bizantina, la de los santos medioevales, que felizmente no le hacían caso. Porque se endemoniaba cuando le daba la gana y no tuvo nunca estribos que perder. Ella no se despidió de mí y sentí que no se llevaba ni un buen recuerdo. Agonizó tantas veces y amanecía como si nada. Tenía algo de esos cirios que se apagan cuando se abre la puerta y el viento les pone silencio, después de un temblor de cantos en que juegan a desfigurar las sombras. Una vez fue de verdad y no dio tiempo para muchos rezos. Con la muerte por dentro tanto tiempo, muy pronto se pudrió del todo. La acompañé con las tías hasta el cementerio y no le dije adiós ni lloré, por eso la llevo adentro y tal vez nunca, nunca, me despida de ella. Vivió por largo tiempo y fue sólo un instante.

Las tías se pusieron cariñosas. Dulce me llamó hijo muchas veces, pero Triana decía que era mentira, porque madre hay sólo una y ella era la madre. Manuela empezó con el abecedario porque su hijo será inteligente, el orgullo de la familia, mientras Antonia me hizo repetir versos de rosas, de Belén con sus pastores, porque su hijo será un artista, un poeta. Antonia se encargó de mi limpieza para que fuera como ella, limpio por dentro y por fuera, porque la carne no niega a la carne ni el espíritu se aleja del espíritu. Renata se preocupó porque comiera de todo, que la fuerza se extrae de lo que se digiere y no hay hombre ni bicho que venza si la sangre tiene tantas agallas como la tierra, y al medirme todos los días me confesó que él, el padre, era alto y duro como los grandes caballos. Josefa se empeñó en que me riera como los niños alegres, la alegría hijo es todo en la vida, es la sustancia que hace crecer las semillas, como si no, la que brota pollitos del huevo, como si no, la que da flores y también hijos, como si no, hijo mío, como si no, hijo mío, como si no, mi pequeño príncipe.

Me despido de todo eso y de mi lavandera, a la que busqué en el río y le pregunté por ella, por mi padre, por mí, por la noche en que me creó, por esas manos casi no manos que me cortaron el ombligo, me lavaron y me dieron nombre. ¿Cuál nombre?

Me despido de eso, del nombre. Porque Dulce me llamó Claudio, Trina me decía Francisco, Manuela me susurraba Alfonso, Antonia me proclamó Eduardo Arturo, Josefa me reclamaba por Alberto, Renata me consagró como Napoleón. Sólo la lavandera nunca me llamó. Y yo, con miedos de nacimiento y de muerte, como las velas de abuela bizantina propiedad de algún niño con bucles y bata de damasco, me llamé Norberto, así no más, el mejor de los santos medioevales de mi larga despedida, por lo menos el mejor parecido.

Y no quiero despedirme del todo porque nací de un rato de amor, eso lo sé de cierto, sin que nadie me lo enseñara. Y de todos los vientres de que pude venir al mundo, prefiero el más sencillo, el más humilde, ser hijo de lavandera, porque el rato de amor, ella era la que más lo ha necesitado. Ella, la sorda a los ruidos y a las palabras necias y a las sabias, a las que salen del viento y del momento, ella era la que más necesitaba un rato de eso que se llama amor y tiene ecos de muchas cosas, de las que no me podré despedir jamás, porque llevo clavados sus ojos y los ojos de los santos medioevales, esa abuela bizantina con un nieto de bucles y damasco, que no soy yo. Yo soy hijo de lavandera, sin más historia que la de recordar los tiempos del así sea de la época.

LAS PAREDES

¿A saber por qué le pusieron como le pusieron? Una respuesta es una respuesta, se dice mientras atiende el vuelo de un pájaro oscuro frente al claro azul de un cielo limpio, como se describe en los himnos nacionales.

La cita era ahí. Lo encuentra natural. Un pueblo pequeño con sus colinas de pinos y eucaliptos, extendido al comienzo de la llanura, con cinco cuadras densas de casas y el resto desperdigado entre los riachuelos y el perezoso río con bordes de piedras y peñascos por donde crecen los helechos y reposan casi inmóviles las lagartijas.

En el hotel, casona de corredores hacia el centro de un patio empedrado con enredaderas de carnosas hojas y de rojizas flores, le preguntan cuántos días se quedará. El dice que tres. ¿Está seguro? Segurísimo porque tiene otras cosas programadas.

El cuarto es oscuro y lo encuentra estrecho, agobiante, con las paredes húmedas y manchadas con hongos que parecen caminar en un mapa mal dibujado. Deja su pequeña

maleta y sale a caminar en busca de la plaza y la Iglesia.

Las campanas redoblan por muerto. ¿Hará eso difícil encontrar al hombre? Quinta fila de la nave lateral contando desde el atril. Camisa blanca, pantalón gris y un sombrero negro sobre las rodillas.

Viejas enlutadas corren hacia la plaza. Un paquete mañana. Otro el martes frente al altar. El último el miércoles cerca de la capilla de las Animas. Unos niños con flores esperan en la esquina. Un grupo familiar, todo de negro, cruza la calle.

La iglesia está descuidada pero es bella con sus columnas gruesas por las que suben rococosamente parras y racimos de uvas y llevan de un lado a las imágenes de la Santa Familia, San José, la Virgen y el Niño, y del otro a un santo gordo y sonriente totalmente desconocido, pero que debe ser el patrón del pueblo.

Las campanas redoblan sin la gravedad de la ocasión, tienen más bien un repique alegre. O el compañero no sabe o sufre de alegrías por las penas ajenas.

En la colina un incendio levanta en llamas un alto pino, que se desploma con chisporroteos y con sustos para los vecinos. Quizás ha sido un rayo en seco.

Cuando sube por las gradas, un pájaro muerto cae cerca de su pie. Tal vez ha muerto en pleno vuelo.

En el atrio, cerca de la puerta, uno de los mendigos enseña la sangrante cuenca vacía de un ojo, como si se lo acabaran de extraer.

La iglesia huele a incienso y a azucenas recién cortadas. Está llena. Cuenta las bancas desde atrás y en la quinta hay seis hombres con camisa blanca.

Espera mientras oye el lapidario requiem para el ataúd de madera de pino. Al final cuatro hombres lo cargan. Caras graves, afiladas por el dolor. Más atrás un grupo que camina abrazado lo llora con rostros escondidos. El cortejo mezcla campesinos con obreros.

Cuando ve la banca vacía, la quinta, se hinca en el centro de ella y espera. Oye pasos atrás y espera que le toquen el hombro. Recuerda el santo y seña: Las paredes en la noche aquí caminan.

Pasa una hora. Nada, nadie. Pasa otra hora. Nada, nadie, ni siquiera una beata. Otra hora. Mejor será volver mañana.

Calles solitarias que le parecen más estrechas, lo regresan al hotel y un corredor solitario lo lleva al cuarto. Allí le sorprende lo angosto que es. Parece una celda. Además recuerda que dejó la valija en el medio y ahora está pegada a la pared, que viéndola detenidamente se ha hecho más negra de hongos y su tacto le enseña que crecieron de espesor.

Duerme mal porque cree sentir que las paredes se van cerrando y los hongos crecen. Hace calor en el cuarto. Se le ocurre constatar la distancia entre las paredes: 8 cuartas de ancho, 12 de largo. Más que cuarto es un nicho, se dice mientras constata que hay otras manchas de hongos y tal vez no hay misterio, sólo que la pintura se está cayendo con la humedad y el calor. Muchas veces sale por la puerta en busca de algún espacio libre que le anuncie si ya amaneció, su reloj dejó de funcionar desde que llegó al pueblo. Pero, el amanecer está lejano todavía y la oscuridad se profundiza cada vez más. Un sueño espeso lo envuelve ya en la madrugada, por lo que el mediodía lo alcanza en la cama sudoroso y de mal aliento. ¡Diablos!, perdí la cita de las nueve y si no está a las cuatro me iré en el primer vuelo de mañana.

A las cuatro en punto por calles que son ya en realidad callejones encuentra la iglesia vacía y vacía la deja a las siete, cuando el sacristán le informa que debe cerrar. Qué pasaría, se pregunta, tal vez no consiguió el paquete, pero pudo avisarme, perder el tiempo en esta forma y regresar sin nada, lo que van a protestar los clientes.

En el hotel le informan que avión no habrá hasta que arreglen el aeropuerto, el suyo fue el último que entró. ¿Y

por carretera? Sí, será posible, cuando restituyan el puente que se llevaron las correntadas. ¡No puede ser!

Se pasea por las calles, que le parecen pasadizos. Se pasea luego por los corredores. ¿Qué hacer? Volver a ese cuarto, nunca. La noche se va poniendo fría. De regreso al hotel pregunta si no hay otro cuarto, el suyo es demasiado pequeño. Todos son iguales, señor, y todos están ocupados.

Lo siente más pequeño aun y las paredes casi negras de hongos. Mide 7 cuartas de ancho y 12 de largo. Puede ser que en la noche, medio dormido, no contara bien. Además tiene que pensar cómo salir, cómo diablos salir de ese maldito pueblo.

Ordena la maleta sin saber para qué. Trata de recordar y sólo recuerda el funeral de ayer, el sonido de las campanas, el pino retorciéndose entre las llamas, el pájaro muerto que cayó a sus pies, la cuenca vacía y sangrante del mendigo, los rostros de aquellos hombres, el ataúd y el cortejo. ¿No sería el que esperaba, el muerto de ayer?

La suerte siempre lo acompañó. Siempre. En los peores momentos, cuando todas las circunstancias lo acosaban, la suerte ahí, a su favor, salvándolo una y otra vez. Es injusto pensar que ahora lo dejó, es desafiarla. Pero, dicen que la suerte se acaba, cambia y las cosas se vuelven diferentes. Silba y busca las barajas para extender un solitario en la cama. Si lo gana, ahí está presente la suerte, y si lo pierde pues se ha ido. . . Tiembla, sí tiembla. ¡Qué fuerte! Abre la puerta y corre. En el corredor nadie, en el callejón nadie. Esos callejones cada vez más encogidos, laberínticos, casi simples pasillos. Un pájaro muerto cae entre sus pies.

Vuelve al cuarto y siente que la pared de la puerta se ha corrido. Cuenta de nuevo: 5 cuartas de ancho y 10 de largo. Parece una pesadilla. Pudo ser el temblor. Lo mejor es amanecer pronto. Recoge las barajas, siente que es mejor no desafiar la suerte. Trata de dormir y olvidar.

Oye una tormenta que se va acercando. Los truenos le-

janos se convierten en cercanos y los chorros de agua se atropellan en el techo. Un rayo se lleva la luz. Un estruendo inunda el cuarto. Lluve duro. La tormenta se va alejando. Es hora de dormir y el arrullo de la lluvia trae el sueño. Corre la cama para alejarla de la pared, así podrá saber si es cierto el raro fenómeno de que las paredes aquí caminan, como lo decía el santo y seña. Por cierto, ¡qué rara coincidencia! Todo es raro en este pueblo, hasta su nombre Las Paredes. Y el sueño le cierra los ojos, cuando se debate entre el velar porque aquí pasan cosas raras y dormir porque el camino puede ser largo, había planeado caminar hacia el pueblo vecino más cercano y de ahí buscar cómo salir hacia la capital.

Quizá a medianoche, es tan impreciso el tiempo cuando el reloj no funciona y la única referencia es una oscuridad sin ventana, se despierta sobresaltado. Con las manos comprueba que ya no hay distancia entre su cama y las paredes, una y otra a lo ancho del colchón, una y otra a lo largo de su cama. Busca la puerta y no la encuentra, está encerrado, se encuentra en una cárcel. Claro, se halló ya la forma de castigo que él merece y lo sabe. Todo ha sido una trampa. El mensaje de llegar a Las Paredes, la entrega del paquete, el hotel, el último viaje del avión, la destrucción del puente, la lluvia de los pájaros muertos, el funeral. ¡Qué sutil forma de atraparlo! Demasiado sutil para él, un vulgar y anónimo traficante. ¿Por qué tanto y tan complicado? Era, sin duda, más fácil detenerlo, interrogarlo y meterlo en una cárcel cualquiera, como lo merecía. Hizo las cosas con cuidado, pero siempre se dejan cabos sueltos que sólo la suerte logró atar en favor de la inocencia, su inocencia de aparente ser anónimo, de tranquilo buen ciudadano, de insignificante personaje en que nadie se fija. Pero en el fondo un indeseable y a los indeseables no se les quiere, siempre se desea capturarlos, torturarlos y dejarlos que se pudran como les corresponde.

Aun hay tiempo para huir. Lo piensa y se endereza con la rapidez con que brinca un resorte. Sobre la cama, su único espacio, recorre cuidadosamente las paredes para encontrar una grieta, algo que permita escarbar con las uñas, con los dientes, con lo que se pueda. No encuentra el menor resquicio y los hongos le untan la cara, las manos y su cuerpo semidesnudo.

La cama cruje, las paredes avanzan. Tiembla otra vez, fuerte. El temblor lo derrumba sobre la cama, que también se derrumba en el suelo.

Un repello, hostil y punzante, le cae encima. El final del mundo. Sí, el final del mundo, como decía la abuela que iba a suceder un 31 de diciembre a las 12 de la noche.

Y las paredes se juntan sobre la conciencia de quien perdió la suerte por primera vez.

Lo encuentran varios días después. Hinchado ya y mal oliente, con los ojos terriblemente abiertos. En el hotel reinaban la indolencia y el mal servicio. La contadora recordó que el del 21, ya llevaba más de una semana y a lo mejor se había fugado porque no daba signos de vida. Allí, sobre la cama, semidesnudo, perdió por completo la sensación del tiempo y la obligación de pagar las deudas. La policía, después de rebuscar, no halla un solo dato que confirme su nombre y las informaciones que dio al inscribirse en el hotel. Llamaron al teléfono que anotó como el de su casa de habitación y contesta una lavandería donde no lo conocen. La enfermera del pueblo, la única que oficialmente vaticinaba enfermedades y recomendaba medicinas junto al boticario, dijo que era un cardíaco por el susto que se le veía en la cara, como si algo inesperado y repentino se le viniera encima.

Sin nada que hacer, sin nadie a quien avisar, lo enterran en el nicho propiedad comunal, sin más trámite que envolverlo en una sábana y ponerlo en una caja que se consiguió barata, pues la tapa es de otra madera y no cierra bien.

El mendigo de la cuenca vacía y sangrante, dueño de todos los pájaros muertos, comentó al otro mendigo: ¿Te has fijado que la muerte se está llevando a los visitantes de Las Paredes? ¿De verdad, contestó el otro, a saber por qué será. . .?

EL QUE PERDIO Y ENCONTRO A DIOS



La casita está un poco más allá del río, cerca de una colina húmeda en donde a veces se quedan extraviadas las nubes. Un silencio refrescante, sobre el desliz del agua y el picoteo cantarino de los pájaros. En el corredor pierde el tiempo, afilando un hacha, Antonio Vindas.

— ¡No lo haga, por favor!

Antonio no ve al niño que le ruega. Ni siquiera levanta la vista. Ha dejado parte de su vida en el cafetal, desyerbando, podando las matas, arreglando las cercas, recogiendo las cosechas. Ahora es tiempo de preparar el potrero. Las lluvias ya se anuncian. Con otro poco de café, podrá ser más independiente, salir de tantas congojas. Prosigue su tarea y las venas saltonas de su brazo se mueven nerviosamente.

— ¡Se lo ruego!

Algunas veces sorprendió al niño hablando con el eucalipto. Ese maldito árbol que no servía para nada. Se había tragado el agua del potrero y en las tormentas parecía venir-

se contra la casa. Está decidido a acabar con él, sueña con verlo tendido sobre el potrero, finalmente caído, terminar con esos extraños rumores cuando el viento lo sacude y sus ramas bailan como manos alzadas, implorantes.

— ¡Ese árbol no es un árbol!

Una gallina entra nerviosa en la cocina, llega hasta cerca del fogón y picotea una migaja de tortilla. Teresa la espanta. Jodida, siempre detrás de uno. Atiza los leños con la tapa de una olla. Un cuerpo seco, entrapado de humo, ágil todavía al saltar por las piedras dispersas del río. Hoy será el día del eucalipto. A todos nos llega la hora. Ahuma una hoja de plátano. Es tan grande y poderoso como Dios, por eso tiene la mitad en el cielo. ¡Majaderías! En alguna forma se deben replicar las cosas divinas. Se mueve entre los comales tiznados.

— ¿Quihubo del aguadulce?

En el rincón del corredor, el niño tiembla. Tiene la cabeza entre dos tarros por donde bajan los geranios. Más allá un calendario con la fotografía de un mar apacible, se quedó en el año 1978. No lo podré convencer y todas las maldiciones caerán sobre esta casa. Lleva una camisa desteñida y su pecho blanco, enrojecido y cuarteado por el sol, se asoma entre los botones y ojales desunidos. Si supieran cómo los quiere y todo el bien que desea para ellos.

— Es mejor que lo mande donde la Eustaquia.

Deja que el aguadulce le chorree por la barba y se le esconda goteando por el cuello. Ella y sus majaderías. Nunca puede callarse. Hay que hacerlo hombrecito. ¡Hablarle a un árbol, pedirle cosas, creer en esas tonterías! Arrolla la tortilla y la prensa con las encías desnudas. Me tendrá que ayudar a sembrar el nuevo café. Ya es hora de que aprenda a trabajar. No quiero verlo colgado de su delantal o pegado a ese árbol. Un día se persignó antes de correr hacia la casa. ¡Esas carajadas sólo están bien para las mujeres. Enciende un cigarrillo, que absorbe humedeciéndolo y lo deja en el borde de la baranda para seguir afilando el hacha.

Tal vez es mejor mandarlo, para que deje de lloriquear, porque se pondrá peor cuando empiece a darle.

—Decile que se vaya.

Teresa ahuma otra hoja de plátano y envuelve unas tortillas. Cerca del fogón brillan sus ojos pequeños y cansados. Cuando vine a esta casa, saludaba sus copetes de hojas apenas ponía un pie fuera del camión. Sostiene un dolor de vientre con la mano. Sahumerios de eucalipto lo trajeron al mundo, cuando pensaba que era más seca que las piedras.

—Andá donde la Eustaquia y le dejás estas tortillas. Te podés quedar hasta la tarde.

Lo mira como si no lo hubiera visto un largo tiempo. Ha crecido. Algún día alguien le podrá enseñar cómo de verdad es Dios. Le acaricia el pelo sucio que le baja por el cuello y se lo acerca al pecho. Hace tan poco que buscaba insaciable mis tetas. Suspira levemente desde sus recuerdos.

— ¡No lo deje que corte el árbol!

La rodea con sus brazos y se aprieta contra su pecho.

Ese calor que no da nada, porque no se atreverá a decir que no lo corten. Están frente a la baranda y un tallo de rosa sin flor parece la aridez en sí. Ella me enseñó a conocerlo. La mitad en la tierra y la otra en el cielo. Aquí para estar con los hombres, allá para hablar con las estrellas. El gallo, con plumas rojas, despabila sus insomnios sacudiendo las alas. Sufre horriblemente dejando sus cortezas. ¡Cómo va a sufrir ahora, cuando lo hieran a hachazos!

—No lo hará hoy. Te podés ir tranquilo.

El niño se pierde por el borde del río. Antonio lo sigue con la mirada. Quiero que aprenda a escupir. Escupir el asco de esta cochina vida. Tantea el filo del hacha. Se encierra uno con sus ascos. Ella y él no lo saben. Es tan fácil vivir y morirse. Se para y camina hacia el potrero. Ayer casi no veo más el sol. Apareció entre las ramas y por un instante creí que era una de ellas. Apenas si tuvo tiempo de mirarme. Si hubiera dudado un segundo, ahora estaría bajo tierra

con la sangre envenenada. Se para junto al árbol y escupe.

La mañana y la tarde se fueron bajo el ritmo de taz, taz, taz.

Ahora hay más silencio y la casita de la colina parece que ha quedado huérfana. El niño llega por el borde del río y no dice nada. Algo seco se le ha grabado en el rostro. Antonio está en el corredor, con un cigarro entre los labios. Teresa desde la puerta deja su mirada fija en la cerca de higueras.

Un día y otro que no se cuentan en el almanaque detenido en el año 1978. Llegaron las lluvias y unas hileras de matas de café hacen círculos por el potrero. Las aguas del río se oyen arremolinadas. Teresa seca los comales. Está demasiado callado. Le he contado que Dios se hizo hombre y murió por todos nosotros. No le ha gustado la historia. Me duele verlo tan triste. Extiende los brazos y coloca en el patio la ropa aporreada. Ahora ya no lucho con las manchas que dejaba en la ropa esas hojillas largas como lagartijas. Una gallina escarba impaciente en el patio. No es bueno imaginarse tantas cosas, Toño tiene razón. Es mejor consumirse por entero en la tierra, porque uno es parte de ella. El agua bajando lentamente por sus manos hace que brillen como si estuvieran barnizadas.

Por un callejón del cafetal aparece Antonio. En la punta del cuchillo, un pedazo de piel negra se estremece. La muerte siempre al atisbo. Ayer una piedra del paredón, que me dejó sin aliento. El otro día la resbalada cerca del precipicio. Hoy otra de éstas. Ahora a buscar la hembra. Limpia el machete contra el zacate y escupe. Las gotas del sudor caen entre los surcos de la cara y al pasar cerca de la boca las recoge con la lengua. Tengo miedo. Es extraño pero a veces siento que me persiguen. Ya temo meterme en las partes más oscuras. Un viento entra por las hileras de café y parece que abre sendas. La sensación de algo detrás de uno, esperando un descuido. El temor de que sea el último, el

momento en que me decido por un camino. Empieza a caer una garúa suave.

El niño camina despacio. En las manos lleva una botella de café y el lío de tortillas. Ya no está y todo sigue igual. Era sólo un árbol, como los demás. En el cruce del camino, levanta el pie para sacarse una espina. Era tan bonito hablarle. . . pero son mentiras las cosas del cielo que me contó, no hay música allá arriba, no hay dulces, no hay campos abiertos para correr. Se mete entre las hileras de café. Teresa le había dicho que lo esperara cerca del poró. Vadea los huecos tapados con hojas secas. Porque era mentira no quiso nunca que me subiera para ver el cielo más de cerca. El monte se va cerrando a su paso, nadie diría que anda un niño, podría ser un animal, apenas se oye el crujir leve de las ramas.

El patiecillo de atrás ha quedado tan liso como una mesa. La escoba de yerba seca ha ido sacando el polvo. La garúa pinta círculos pequeños, luego figuras de flores majadas hasta que toda la tierra se hace oscura. Ahora no se secará la ropa. La Eustaquia vive mejor y trabaja menos. Antonio la considera aunque se toma sus tragos. Desde la puerta de la cocina, contempla los hilillos tupidos de lluvia que el viento mueve a su antojo. Temporal. Ahora no podrá trabajar y se sentará en el corredor con todo su silencio. Esta casa parece que la habitaran mudos. Quién sabe en qué pensará. Da una vuelta al fogón, que arde prudentemente. Antes tampoco hablaba, pero por lo menos me buscaba en el camón. Ahora ni eso. La Eustaquia se ríe mucho porque tiene un hombre. Ya en el corredor, quita las hojas secas de los geranios.

Por entre la ramas se mueve violento un machete. Algo brilla y zas. Algo no brilla y zas. Un jadeo que retrocede. Un jadeo que se agita más y más. Un jadeo que suda, que se siente sudar, que tiembla, que se siente temblar. Un deseo de no dejarse vencer. Una pelea frente a la calma indiferen-

te de la garúa. Una pérdida de fuerzas, un doblarse en el rincón, un gemir nasal lleno de congojas. Algo zigzagueante mutilado.

El niño se sienta cerca del poró y espera con los oídos abiertos. Oye que a distancia gime alguien. ¿Para qué hacer caso? También él a veces parecía que se quejaba y no era nada. Coge unos botones de trébol y su cara se frunce con la acidez. Una voz se concreta, alguien pide auxilio. Ya no te puedo ayudar. Te venció el hacha. La garúa se entremete por el follaje. Llegará, me dirá que el café está frío y escupirá en el suelo. Busca una hoja de plátano, tapa la botella y las tortillas. Desde que no está, los días me parecen más largos. Cerca un sonido sordo de desplome. Tal vez los pájaros lo lloraron, yo no pude hacerlo. Sus dedos juegan con la hierba. Caminitos, caminitos de la hormiga, un puente sobre el río. Sus oídos se pierden en el juego y algo se arrastra. Cuando una cabeza, llena de tierra y sangre, se asoma con los ojos fijos en el poró, el niño distraído hace buchets de saliva que escupe sobre los tréboles.

HORAS Y URBES

Ella, desde la ventana, vio lo que la mariposa hizo con el mariposo.

Allí cerca del pino que se alborota en los atardeceres y se encoge de frío cuando arranca con furia el amanecer. Llegó con simplicidad de desnudez y le propuso que con ligero revoloteo de licores y temblores le diera lo que en esa época se daba. El mariposo pareció no entender. Dio un vuelo de largo círculo desorbitado, como si pensara fugarse sin remedio y tuviera que regresar porque no hay escape. La mariposa, geisha de alas y de placeres, pestañeó sobre la naranja, la mandarina y la anona. Cuando se le acercó el mariposo con un dejo de serenata, ella impaciente novia en laberinto de altares le contestó con lo mejor de su aleteo, que era palpable invitación de estoy lista y espero. El mariposo decidió volar un rato más. Alto, hacia abajo, media

vuelta, vuelta entera, y luego parar en el guayabo, correr planeando sobre las fresas, subir a manera de helicóptero hasta los higos, flotar por los lirios y desde allí enviar una mirada-telegrama de acércate, que fue atendida de inmediato. Ay la mariposa amarilla de ojos verdes y pestañas de terciopelo, con tres manchas de números lilas, llegó tarde y jadeante. El mariposo quiso deslumbrar con sus giros. Se vino de picada, con agresión suicida, y cuando ya caía y caía y casi se estrellaba, sacó un frenazo de paracaídas, que lo dibujó moroso e incumplido en el perfil bizantino de su velocidad abanicada.

La vi como la vi la primera vez, plenamente hermosa. Pero creo que se trata de lo inconsciente, también inconsecuente y si se quiere inconexo, incoherente e inconstante en el reloj de los trenes, de las asociaciones, de los estímulos, de las conclusiones, de los sumarios, de las computadoras y de las vainas. Sí, hermosa es, pero desordenada.

La mariposa hecha flujo, el mariposo en pleno complejo de vuelo, chocaron con el instante ideal, a no se sabe cuantas pulgadas de altura, para caer juntos en la hojarasca, precisamente en el lugar donde nacen sonrientes las dulces maripositas.

Ella, después de ver lo que vio, se fijó morosamente en mí como si quisiera calcarme con algún mal pensamiento. Así con sorpresiva inocencia preguntó qué había aprendido en Normalurbe. Empecé el relato: La entrada es difícil, exige una exagerada papelería: timbres, fianza, curriculum, registros y una confesión de vocaciones.

Una mariposa gris, visiblemente de clase inferior, se acercó a la ventana. Quiso cruzar el vidrio, falta de ex-

periciencia y envidiosa de lo ajeno.

Ella alivianó la distancia y se sentó tan cerca que el ritmo de su respiración se metió en mi sangre. Movió su brazo buscando mi hombro y lo dejó caer con un peso que pretendió no pesar, pero fue como la sacudida pulmonar para terminar con la tos o el susto espanta hipos. Creí que era de hombre muy hombre carecer de respuesta. Normal-urbe es el dominio de la costumbre, del horario, de la adecuada dosis y del disimulo. Las personas viven de tal manera negando la vida, que se estudia para cavilar profundamente el para qué y el por qué de la existencia. No comen porque tienen hambre, comen porque es la hora de comer. Y como la hora pasa rápido, se atragantan. No saborean nunca. Desprecian lo que comen, por eso rehuyen los sabores fuertes, ambicionan las digestiones rápidas, detestan lo que exige masticar y gastar los dientes. Más que la expresión, buscan la sonrisa. Las palabras, el discurso, el monólogo y el diálogo no les interesan, aspiran únicamente sonreír, ensayan en los espejos y se van en verdaderas hemorragias de sonrisas. Jamás se huelen, salvo que la abundancia de perfumes, colonias y desodorantes los exciten. Y cuando se huelen, allá por el mediodía o en el despertar insomnes en el punto clave de la pesadilla, sudorosos, intranquilos y lúcidos, se levantan y se bañan con jabones perfumados y se restriegan contra la piel ungüentos y talcos.

Ella alzó su mano y la posó sobre mi mano. Realmente me congeló el ademán libre y varonil.

Otra pareja de mariposas revoloteaban entre los jacintos cuando la tarde se hizo de un dorado bizantino.

Y, ¿qué más de Normalurbe? Pues en esa vida institucionalizada por completo, con papeles y trámites para el menor acto, el amor es por allá una ceremonia tan costosa

para los que invitan como para los invitados. Las bodas son casi siempre en la tarde, hay temor a la luz y a la desnudez, después se emborrachan y ya muy oscuro se hacen el amor con la brutalidad de los que tienen prisa.

La mariposa era esta vez la huidiza y el mariposo el acosante. La perseguía con insistencia mientras ella volaba en zigzag defensivo. No quería más preámbulo que verla presta entre sus alas. Pero, ágil y temblorosa, se metió dentro del limonero y una punta del ala blanca con pintas azules y destellos dorados, la derecha, se quedó entre la más hostil de las espinas.

Ella recostó su cabeza en mi pecho, al tiempo que preguntó: ¿Y qué del amor que probaste en Normalurbe? No me atrevo, me dije a mí mismo, muchas veces, no aguanto esa tontería de las ceremonias. Cortejo y salen los suegros con su invitación a comer para que cuente quién soy y por qué soy como soy. Cortejo y la muchacha, quizás la más amplia que conocí, me deja hacer ciertos recorridos, pero no el completo. Cortejo y los hermanos como perros de aullido y caza me acosan con el cuándo porque no se juega con fuego. Casto regreso, por eso decido detenerme en Erourbe.

Después de caer entre los geranios y quedarse juntos y callados, el mariposo se alentó por lo alto y probó llegar hasta las palmeras, donde se pintó de ramas, luego planeó con cierto goce sobre las hojas caídas de la yerbabuena. La mariposa apenas si pudo reposar sobre el geranio más florido, con el ala derecha ya seriamente rasgada.

Llevó mi mano hacia su rodilla, sobre la falda, y sentí el cosquilleo de un calambre rapidísimo. ¿Y en Erourbe,

cómo te fue? Ni mal ni bien. Me sorprende al principio, mucho movimiento, gran informalidad, cada quien se viste como le da la gana, cada quien habla lo que piensa, cada quien actúa como le place. Lugar de cantos y de poesías, lugar de despeinados, barbudos, afros y semidesnudos. Me erizo con demasiada frecuencia, naturalmente como se acostumbra. Nada se insinúa, está simplemente abierto, todo se asoma, invita y la escogencia se dificulta. Se sigue a una despechugada y se atraviesa una vestida de transparente. Cuando después de seguir a una y a otra, en vano, porque la indecisión me fue perdiendo, el propósito de una sola llega demasiado tarde. En Erourbe no hay una persona sola, hombres, mujeres, niños y viejos, todos tienen su pareja y los acompañantes de diferentes tipos, bellos y feos, enanos y largos, perros, monos, serpientes, son agresivos y no permiten la menor cercanía. Salgo casto de Erourbe con rumbo a Pornourbe.

Dos mariposas volaban a cada flanco de un mariposón negro, con cierto recargo barroco en el espesor y colorido de los adornos, que parecían plumas de tapices antiguos. La mariposa gris se empequeñeció en su vuelo y atrás, muy atrás, un mariposo menos gris iba lentamente en su misma dirección.

¿Y, ahí? La primer sorpresa es la pregunta sobre el sexo. Mi respuesta no es válida porque pongo masculino. Hay que contestar en una de las casillas: normal, subnormal, anormal y anormalísimo. Con cierta modestia me anoto para mí mismo normal y paso de inmediato al interrogatorio más vergonzoso que se pueda alguien imaginar. Al final me devuelven de inmediato a Normalurbe. No supe para qué eran las botellas, los colchones con succionadores y movimiento, las manoplas eléctricas, las sillas francesas de tubo, los subibajas con lavativas, ni de cómo se podía hacer el

amor a una lapa y cómo la lapa me lo podía hacer a mí, aunque intuí que estaba relacionado con los bananos porque pusieron dos en la mesa. A la salida me dicen los de Migración que están ya cansados de los múltiples intentos de entrada que hace el Arcángel Gabriel y suponen que soy su cómplice.

Ya el mariposón volaba con cuatro mariposas verdes y en una vuelta casi de carnero se montó sobre ellas muy juntitas y obedientes.

En un punto de luz, lleno de colores y destellos, allá por los aguacates, grises y brillantes gozaba la pareja de mariposas sin tanto revoloteo.

Ella alzó su falda más allá de media pierna. Las luciérnagas zigzagueaban de un lado para otro. Mi mano se pegó a la rodilla desnuda. Sin separarse mucho, sin siquiera mover la cabeza de mi pecho, me abrió poco a poco la camisa y sentí sus uñas jugar con mis vellos. Cerré los ojos con fuerza para apagar en lo que pude aquella agitación descompasada que me latía en varias partes del cuerpo. Me desabrochó la faja y una suavidad de caricias me corrió atrevida de arriba a abajo. Abrí los ojos para situarme en el espacio y contribuir con mi parte en el escenario de la noche. Lleno el cuarto de mariposas. Casi no podía respirar salvo aquel pegajoso polvo que me dejaban las alas, el choque de ellas conmigo y el de ellas entre sí. Por las ventanas abiertas entraban miles y miles. Comprendí: en Edenurbe la regla de oro es ver sin tocar. ¡Cómo lo pude olvidar!

Regresé a Ortourbe para recibir mi doctorado en castología, por esa tesis tan erudita como laureada: "Las noches se hicieron para dormir".

RETRATO INCOMPLETO

Una vida buscando cosas. Siempre hubo algo perdido para ella. De pequeña lo cotidiano: las llaves, las medias, la blusa floreada, la píldora después del almuerzo, el billete de cinco colones que le dieron en el último vuelto. Después fue aumentando hasta que sucedió algo más complejo. Fue cuando se trasladó de casa.

Quizás cabe antes contar algunas cosas que fueron ligando los olvidos hasta el olvido general.

La pura verdad es que nunca cultivó la memoria. Para lo que de recordar se trata, su mundo no era muy estimulante. Las noticias de la mañana no llegaban a la hora del almuerzo, en que volvía a enterarse de quién había muerto y quienes se casaron, para ella de sorpresa porque ni siquiera se enteró de que eran novios. Un día la despertaron temprano porque murió su primo hermano Miguel, el hijo de Cata, su tía preferida por lo jovial y chistosa que era, aunque no podía dar con su sonrisa, ni su cara, menos aun recordar uno solo de

sus chistes o gracias. Pues Miguel se le borró y hasta que sonó el teléfono con la pregunta de su hermana de que si iban juntas al entierro, cuál entierro, el de Miguel, cuál Miguel, el de Cata, cuál Cata, carajo tu tía, y qué le pasó a Miguel, pues se murió, de qué, de lo mal que estaba no te acordás que juntas fuimos al hospital a verlo y no nos reconoció, ni me acuerdo pero si vos lo decís así debe ser, ¿vas?, claro que voy pero a dónde.

Si antes no tuvo que recordar mucho, ahora de remate no había nada que registrar: muertes, enfermedades, infortunios, divorcios, pleitos y siempre aquello de su hermana con el sonsonete de que no había entendido nada. Tal vez era posible que como entender todo completo, no lo había logrado siempre, casi nunca, sin embargo eso no la excluyó de vivir lo más feliz que se pudo. Sus padres fueron buenos con ella, aunque a veces confundía si su papá se llamó Pedro José o José Pedro porque gemelo del otro, el abuelo se había complacido en complicar los nombres con los parecidos. Mamá sí era clara y bella, además sencilla, no se llamó más que mamá porque todos la llamamos así, hasta papá.

El olvido se le fue haciendo un hábito gracioso. Los demás se reían con piedad y ella afirmó que no era tan malo como lo veían porque las cosas se hacen nuevas todos los días, porque hay oportunidad de conocer y reconocer a cada rato, porque se va siempre de sorpresa en sorpresa, de asombro en asombro. En esa forma estrenaba la ropa siempre y no se cansaba nunca de objetos, de personas, de cuentos, de chistes y de sucesos. Lo que ustedes tienen una vez en su vida, yo lo tengo con tanta frecuencia que me da mucho gusto.

Su única hermana confesó a amigos y parientes que la pobre era algo despistada. Los más benévolos hablaron de su palpable atraso mental, apenas si copiaba despacio su nombre y era muy posible que se brincara una letra: ANA CETO EPINOZA, en vez de Ana Cleto Espinoza. Los crue-

les decían que era una absoluta tarada, producto de matrimonio entre primos para no mermar las herencias ni arriesgar el abolengo.

No fea, más bien agraciada, incluso el pequeño desvío de su negrísimo ojo izquierdo le dio un aire de misterio, lo único incómodo de su rostro fue el marco que escogió para su pelo. Se peinaba de carrera en medio y recogía el cabello tenso por sobre las orejas, para formar un moño atrás en el centro de la nunca. Se le dijo e insistió muchas veces que al rostro hay que darle vida con el cabello alborotado e incluso cambiar de peinado para hacer resaltar las gracias. No se logró que modificara su estilo porque ella decía que su cara necesitaba siempre un mismo vestido para que no se le olvidara.

Sus padres le nombraron una maestra especial, la buena de la niña Arabela, quien con mucha paciencia le enseñó a contar hasta diez y el alfabeto completo pero simplificado sin la doble ele, la doble r, la ka, la doble u y la equix, que de por sí no eran muy necesarias. Como la niña Arabela vino a mal pues perdió el empleo en la escuela por tener fama de comunista, la familia le ofreció casa y comida a cambio de que adelantara a Ana Cletito, quien sin duda iba progresando porque a los diez años ya tarareaba de corrido los pollitos. Y se quedó hasta que murió cuando la que llamaba obra de su vida entró en la pacífica edad de los cincuenta, aunque de ningún modo los aparentaba.

Para ese entonces ya llevaban más de 20 años de muertos don Pedro José y doña Ana Josefa, a quienes la muerte sólo logró separar por 30 días; pues fueron una de esas parejas dispuesta a superar cualquier contratiempo. Por supuesto que antes de morir trataron infatigablemente de casarla, para dejar una protección real para Ana Cleto, tal como un buen muchacho que la comprendiera. Y pretendientes no le faltaron porque no era fea, además muy risueña y su fama de fortuna inadvertía cualquier defectillo.

Simplemente fue imposible, a todos los olvidaba, los confundía y eso el ego masculino no lo soportó.

Con el que más insistieron fue con el primo Miguel, eso aseguraba cierta reunión de herencias, la propia no era tan grande como se suponía, pues eso de heredar sin trabajar no multiplica los panes. Además la mayor se bien casó es cierto, pero el primo Jorge con costosos pasatiempos, póker y veintiuno, exigió venta de propiedades con esa urgencia de pagarés vencidos que no da ocasión para lograr un buen precio. Felizmente una parálisis total del lado derecho le impidió salir y barajar las cartas. Jorge era diestro.

Ana Cleto se perfumó todas las mañanas las axilas con una lavanda especial que producía caseramente la niña Arabela, con rosas que dejaba en puro alcohol, a las que luego agregaba violetas y camelias. Eso combinado con su inocencia, pues ponía a todo el que conocía a olerle el sobaco, pareció enloquecer a los hombres, que realmente pululaban a su alrededor. Claro que ninguno sabía que Ana Cleto nunca logró usar los servicios higiénicos. Para ella cualquier silla servía para esas funciones. Por eso siempre estaba tan fresca, como recién salida del baño. Así efectivamente era.

El primo Miguel insistió hasta la saciedad. Pero Ana Cleto a veces le decía Comején, que era el nombre del perro del vecino o se iba a pedir los dos colones para pagarle al lechero que muy educado nunca decía que ayer no le cumplieron con el pago respectivo. Y es que el lechero era simpático, con sus bigotes negros y sus mejillas de rojo quemado. Por eso a Miguel le preguntaba dónde había dejado sus bigotazos, cuando era del todo lampiño. Cuando Miguel, en un acto de arrebató, después de olerle los sobacos, a solicitud reiterada de la Ana Cleto perfumada y recién salida del baño, le tocó el dedo pulgar de la mano derecha, ella le dijo: Mario, ésa no es la tecla que desafina. Mario fue el afinador del piano, ya que había que sacar los pollitos en la bemol y el teclado o la tensión de los dedos, según las teo-

rías de la niña Arabela traicionaban el talento de Ana Cleto. Mario fue cortejante, pero tan tímido que lo espantó un día que vio cómo paradita le corrían aguas y aguas por los pies y cómo doña Arabela con cierta dulzura forzada le repetía para eso hay que avisar, pedazo de brutita, mientras la metió en el baño.

Pero lo que hizo desistir a Miguel fue la presencia, entre otros, de un sobrino de la Niña Arabela. Con fama de don Juan, hizo Ernesto una entrada triunfal en la casa. Usaba la misma lavanda casera y alzando el sobaco le dijo a Ana Cleto que oliera. Ella lo hizo y parecía embriagada. Entonces le dio por oler los sobacos de los demás y las cosas que olió si bien no enriquecieron la enciclopedia mundial de los olores, agregaron experiencias de algunas reacciones. A Miguel le dijo: tu olor es tan hijomialma que no lo quiero ni muy cerca ni tan largo, es el olor que yo defeco.

La humillación lo corrió, a pesar de los ruegos de la madre, la jovial Cata, quien trató de hacer un chiste con eso de que en materia de olores no hay nada escrito.

La corrida de Ernesto fue la consecuencia de una memoria que de repente le surgió, como le sucedía algunas veces con cosas que venían muy de atrás y fue la de un cochinito que se crió en el patio, a quien ella tomó un cariño muy especial y no dejó que lo sacrificaran para esa navidad ni para ninguna. Lo llamaba Nigüita y así empezó a llamar a Ernesto y a pedirle que gruñera, que se revolcara con ganas, con más ganas, y se comiera los desperdicios que ella guardaba para él. Al principio era soportable y hasta risible, sobre todo porque Ana Cleto daba gritos de alegría con su "Nigüita", pero después le empezó a cargar el juego y sus repeticiones, además se veía en el espejo con cara de cerdo y le fue pareciendo que los otros ya le encontraban la semejanza. No volvió más, a pesar de que la tía Arabela le hacía la boca agua con la fortuna, porque cargar con la tarada y el papel de chancho, era demasiado sacrificio. Se

empezó a conformar con una maestra, no muy bien parecida, pero sí con un cheque mensual fijo y seguro.

La lista fue larga y frustrante para los padres y para los pretendientes, no para Ana Cleto que no se dio mucha cuenta ni de los cortejos ni de los cortejantes. Entonces pensaron en otra solución para asegurarle un porvenir: dejarle la casona y la casa vecina, que le diera una renta para vivir decentemente bajo la tutela de la hermana mayor, pues habían vencido el temor de que Jorge se recuperara de la parálisis derecha.

Y en la casona siguió creciendo en olvidos Ana Cleto, pues un día perdió su pelo y no lo volvió encontrar hasta que su hermana para complacerla, después de muchos intentos de que se lo viera en la cabeza frente al espejo, decidió regalarle una peluca.

La casona dejó de existir porque Ana Justa, la hermana tutelar, la necesitó para atender unos enredos urgentes y la conciencia le dijo que era demasiado grande para una sola persona, a quien le daba lo mismo estar en un cuarto donde tal vez encontraría más fácilmente las cosas. Además por ese tiempo Ana Cleto tenía una obsesión extraña: un retrato en colores, ella recién salida del baño, perfumada, sentada en la mecedora, en el corredor de los lirios, con Nigüita a sus pies (el pobre ya se había ido al cielo de los cerdos tiempo atrás), para que se la recordara entera antes de que la perdiera el olvido.

Con ese pretexto Ana Cleto fue trasladada al que le dijeron era el estudio del pintor. La basura que sacó Ana Justa de la casona fue increíble: bollos de pan añejísimos entre la ropa de cama, hormigueros en los libreros junto a fósiles, de algo que debió ser algún día carne o queso, colmenas en los armarios junto a nidos de ratones pues pedazos de todo andaban revueltos entre el ayer incierto de una costumbre de guardar, perder y olvidar. Por supuesto que la conmovieron muchas cosas, la devoción de un altar adornado con margaritas para los retratos en pose de los padres, en

sus mejores años de juventud solemne, los cuadernos con la leyenda "zon de Ana Ceto Epinoza", pero basura al fin y al cabo los botó sin muchas consideraciones, en su casa no había espacio y a lo mejor van con chinches y comején.

El pintor llegó puntualmente por muchos días de dos a tres de la tarde. Un joven con su primer encargo y la manía de vestirse como pensaba que se vestían los retratistas. Doña Ana Justa buscó lo más barato, no estaba para extravagancias, las deudas iban en crecimiento y Jorge a punto de morir en el momento más inesperado, porque el otro ataque de parálisis lo inmovilizó del lado izquierdo, ya iba a ser en mayo casi dos años.

Primero le estudió el rostro, mientras ella lo olfateó de arriba a abajo y le pidió con voz muy baja que gruñera un ratito. Ya le habían contado de sus rarezas y era en realidad rarísima, con una cara casi infantil, una sonrisa abierta, entre la geometría de las arrugas que la seccionaban en cuadros como cualquier retrato de un cubista.

Hizo primero unos bocetos y le pareció que el último, ella en la mecedora como quería, con el cochinito a los pies, le daba un tono a la bruja buena de Disneylandia que complacería a la familia.

Cuando llegó con la tela y los óleos, Ana Cleto le dijo que ese día no porque había perdido su ojo izquierdo, que tuviera cuidado al caminar porque lo podía majar y entonces sí que sí, qué hacía ella sin su ojo. Estaba tan acongojada y llorosa que le ayudó a buscarlo por el piso, entre la cómoda y la maceta que adornaba el cuarto. Cansado fingió que ahí estaba, cómo no lo habían visto antes, brillante, lindo y profundo, pero ella contestó que eso no era su ojo y tapándose la cara lloró tan profusa y agudamente que el pintor no oyó sus propios pasos cuando decidió volver otro día.

Empezó el cuadro por los ojos, para que no se perdieran otra vez y con el rostro esbozado Ana Cleto perdió las

dos orejas. Eso sí fue serio porque no oía nada y así estuvo por varios días busca que rebusca, sacando armarios, desclavando tablas y se hizo imposible pintar e incluso entrar en aquel cuarto, en donde la desorejada se ponía cada vez más furiosa y mentaba la madre al que pudiera majar sus orejás.

Esperó una semana y regresó. Ya había gastado la promesa de pago por la obra completa y se la darían tan pronto estuviera listo el retrato. Músico pagado no toca buen son; le había dicho doña Ana Justa. La encontró tranquila, por lo menos entera, le preguntó quién era y por qué olía tan mal. El se puso a cantar y ella posó arrullándose en su mecedora. El rostro iba asomándose con cierta firmeza en el lienzo, pero el parecido no era tan firme. Decidió borrar la nariz y Ana Cleto despertó de su dormitar gritando que había perdido su nariz, su linda nariz, lo más bello de su rostro. Aquello sí fue irrecuperable porque por semanas, casi meses, no se dejaba ver ni admitía en el cuarto al pintor, verla sin nariz jamás, pintarla sin nariz, jamás.

Vino el alegato, ante lo imposible el pago correspondía, eran muchos meses de trabajar, con largas sesiones de cuatro patas en busca de ojos, narices y orejas. Ana Justa contestó que trato era trato, el cuadro completo y la plata inmediatamente. El pintor había empezado a sentir un hormigueo constante en sus dos manos y hasta le dolían con sólo el olor a pintura.

Y un día se quedó sin modelo. Ana Cleto decidió que su nariz andaba por algún camino y aunque no recordaba cómo era trató de quitársela a una niña que jugaba en el parque. Más tarde dicen que en un restorán armó un alegato violento porque un señor de pocas pulgas, así como así se estaba comiendo su nariz con papas fritas. Y siguió por ese camino de si te vi no me acuerdo.

Doña Ana Justa pagó avisos en los periódicos, ofreció recompensas y hasta publicó el retrato incompleto, sin na-

riz. Nada. El olvido es un territorio infinito y en él Ana Cleto anduvo feliz por muchos años pues perdió la boca y muda se sintió soberana en aquella esquina frente a la iglesia sin nombre, en un barrio desconocido, donde primero le robaron lo que brillaba y luego no le faltó pan y abrigo.

El pleito, como todos los pleitos de este mundo, sigue. La gente con memoria es rencorosa, hasta gestos y promesas recuerdan. Pero doña Ana Justa ha empezado a olvidar. ¿Usted qué quiere? Yo no le debo nada, ni le he encargado retrato, ni tengo hermana.

INDICE

<i>Acta del jurado</i>	7
Ondina	9
Sin aspaviento.	19
Las sonrientes tías de la calle veinte	27
Simbiosis del encuentro	35
Las peinetas del elefante	43
Cuando me invitaron a comer mis parientes	49
Los señores matosos de la casa alta	61
Las múltiples y repitentes ciudadelas del ruido	71
El niño de los Castro	81
Los dos santos medioevales de mi abuela bizantina.	89
Las paredes	95
El que perdió y encontró a Dios	103
Horas y urbes	109
Retrato incompleto	115

Este libro se terminó de imprimir en el mes de junio de 1983 en los talleres gráficos de la Editorial Texto, Limitada. San José, Costa Rica. La edición consta de 3.000 ejemplares.

COLECCION SEPTIMO DIA

Con este libro de cuentos, Carmen Naranjo fue galardonada con el premio único de narrativa del Certamen Latinoamericano convocado por EDUCA en 1982.

Al razonar la unanimidad de su fallo el Jurado expresó que ONDINA "... enseña un amplio dominio del lenguaje y excelente manejo de las técnicas narrativas. Cada cuento es un esfuerzo indagatorio para profundizar en la condición humana y en la búsqueda filosófica del comportamiento".

Carmen Naranjo, costarricense, es una de las intelectuales más importantes de su país, destacándose por su fecunda labor en la cultura y el arte. Diversas editoriales de América Latina y Europa han acogido su variada producción en cuento, novela y poesía; en EDUCA ha publicado DIARIO DE UNA MULTITUD y MI GUERRILLA.



educa